



PARTE 7

MARIA BEATOBE

**POR AMOR**

LLOVIERON ESTRELLAS

**Click**  
EDICIONES

# Índice

[Capítulo 113](#)

[Capítulo 114](#)

[Capítulo 115](#)

[Capítulo 116](#)

[Capítulo 117](#)

[Capítulo 118](#)

[Capítulo 119](#)

[Capítulo 120](#)

[Capítulo 121](#)

[Capítulo 122](#)

[Capítulo 123](#)

[Capítulo 124](#)

[Capítulo 125](#)

[Capítulo 126](#)

[Capítulo 127](#)

[Capítulo 128](#)

[Capítulo 129](#)

[Capítulo 130](#)

[Capítulo 131](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**



En cuanto los atracadores salieron del bar, corrí como alma que lleva el diablo en busca de Gael. No podía soportar pensar que le hubiera pasado algo por querer defenderme. Entré en el baño mirando casi sin ver de lo nerviosa que estaba y lo encontré en el suelo mientras intentaba incorporarse con gesto de dolor.

—¡Gael! —grité mientras me agachaba para ayudarlo a levantarse—. ¿Estás bien? ¿Qué te ha hecho?

Se levantó con dificultad y enseguida lo vi. Tenía el ojo inflamado hasta tal punto que había empezado a perder su forma.

—Ese hijo de puta me ha golpeado con la jodida culata de la pistola —respondió mientras se palpaba el ojo con cuidado.

—Ven —le dije, ayudándole a levantarse—. ¿Te duele algo más?

—No, tranquila. ¿Tú estás bien?

—Sí.

—¿Seguro?

—Que sí, Gael —respondí nerviosa—. Vamos fuera a ponerte hielo.

Todos estábamos alterados, como en *shock*, después de aquella corta pero intensa experiencia. El camarero lloraba sin consuelo por el susto y por la cantidad de dinero que se habían llevado.

—No te preocupes por la pasta, tío. Alégrate de que estás bien —dijo Hugo, intentando animarle.

—Ya..., si lo sé..., pero es la primera vez que entran a atracar aquí y estoy... —dijo, revolviéndose el pelo.

—Es normal. Todos nos hemos asustado —respondió Hugo.

Mis amigas estaban sentadas en una de las mesas del fondo del local. No decían nada; tenían la mirada como perdida. Habíamos tenido un susto de cojones. Hugo se sentó con ellas y rodeó a Cloe con el brazo con sumo cuidado. Ella no lo dudó y aceptó su gesto inclinándose hacia él.

Me metí con angustia detrás de la barra para coger algo de hielo y un trapo para ponérselo a Gael sobre la mejilla, ya que cada vez estaba peor y no tenía muy buena pinta.

Cuando salí con el paño helado me acerqué a él, que me esperaba

sentado en un taburete junto a la barra con gesto preocupado.

—¿De verdad que estás bien? —susurró.

—Shhh..., no hables. Déjame que te ponga el hielo.

Se limitó a cerrar los ojos y asentir. Con mucho cuidado, le acerqué el paño al rostro y lo posé con delicadeza; Gael se apartó ligeramente y apretó la mandíbula.

—Shhh..., tranquilo —susurré—. ¿Duele?

—Muchísimo —musitó.

Abrió los ojos y me miró con demasiada intensidad como para que pudiera aguantarlo. Algo me decía que no hablábamos del golpe.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunté.

—¿El qué? ¿Encararme a ese gilipollas?

—Sí.

—Porque cuando he visto que ese hijo de puta te agarraba con fuerza, he querido matarle —dijo con rabia.

—Las consecuencias podrían haber sido peores —musité, sin dejar de mirarle mientras le sostenía el paño sobre la mejilla.

—Me hubiera dado lo mismo. A ti ya te había soltado y era lo que quería.

Después hubo un silencio incómodo. Desde que lo había dejado con él, no habíamos vuelto a estar tan cerca el uno del otro ni yo me había sentido tan cómoda a su lado. Alzó despacio la mano para acariciar ligeramente la mía, la que mantenía el hielo, sin dejar de mirarme. Sentí un escalofrío al volver a sentir su piel y era totalmente consciente de que, al notar ese leve roce, los ojos se me habían empañado. Pero ¿cómo no iban a hacerlo? Si estaba totalmente loca por él... y eso no era fácil ni esconderlo ni controlarlo. Cualquier persona con sentimientos habría reaccionado de la misma manera.

Cogí aire y, con todo el dolor de mi alma, me separé de él. Dejé el trapo sobre la mesa y, dándome la vuelta sin mirarle, me fui con mis amigas.

Cuando me senté con ellas, Hugo se levantó y, por el rabillo del ojo, le vi acercarse a Gael.

—¿Cómo estáis? —pregunté.

—Bien, nena —dijo Noe.

—¿Y tú? —añadió Cloe.

—Bien también.

—¿Qué tal el ojo de Gael?

—Pues cada vez lo tiene peor. Creo que debería acercarse a urgencias a que se lo miraran.

Nos quedamos calladas; la tensión aún atravesaba el local de esquina a esquina.

—Bueno, creo que deberíamos irnos, ¿no? —dijo Cloe.

—Sí —respondí.

Según me levantaba para acercarme a Hugo y Gael, empezamos a oír el sonido de las sirenas de la policía. El camarero había debido de avisarles.

—Yo me marcho ya —dije.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Hugo, poniéndome la mano sobre el hombro.

—Sí, tranquilo.

—Ya llega la policía —interrumpió el camarero, nervioso—. ¿Os importa quedaros para declarar como testigos?

—Sin problema —respondió Gael.

Le miré y me dio hasta miedo lo que sentí. Quería abrazarle con fuerza para que el desasosiego que sentía en ese momento bajara de intensidad y descendiera como los posos del café.

Me debió de leer la mente, porque se levantó despacio y me tendió la mano. El corazón me empezó a bombear a toda velocidad. ¿Le abrazaba? No, no podía hacerlo. Y aunque sonara frío como el témpano, no podía ponérselo tan fácil después del daño que me había hecho.

Así que, con un nudo en la garganta, me retiré de nuevo a la mesa con mis amigas, a la espera de que llegara la policía y nos tomara declaración.



La semana siguiente estuvimos un poco perdidas en la universidad; el atraco nos había dejado tocadas, pero no lo suficiente como para no planear ir al cine ese mismo miércoles, día del espectador. Nos apetecía ver una película romántica; las tres lo éramos, aunque cada una a nuestra manera.

—¿Habéis empezado el trabajo que nos ha mandado la profesora esa tan rancia que tenemos en Psicología? —preguntó Noe mientras esperábamos en la fila para comprar las entradas.

—Yo sí —respondió Cloe.

—Mírala qué aplicada —bromeó Noe.

—Yo no lo he empezado. Supongo que un día de estos me acercaré a la biblioteca; allí podré consultar información y no me distraeré con la mosca que vive en mi habitación cuando estudio.

—Ayer inauguraron la biblioteca, esa gigante de la que tanto hablan en la universidad. Debe de ser un flipe —explicó Noe.

—Pues si queréis, mañana por la tarde podemos ir juntas —dije animada.

—Yo no puedo, nena. He quedado con Marco.

—Y yo tampoco puedo —dijo Cloe.

—No me lo digas, has quedado con Hugo.

—Sí —alzó las cejas.

—Pues nada, iré sola a conocer el pedazo de biblioteca. Eso sí, distraerme no creo que me distraiga —respondí decepcionada.

—No te enfadas, ¿verdad, nena?

—Qué va, chicas. Lo que pasa es que me da muchísima envidia, nada más. Mientras vosotras disfrutáis de vuestros chicos, yo haré lo mismo, pero con mis libros. —Hice un guiño.

Nos tocó el turno en la taquilla y, después de comprarnos un cubo de palomitas cada una con un refresco, entramos a la sala diez, que era la nuestra. ¿Qué era una película en el cine sin unas buenas palomitas?

Entramos y nos sentamos las tres, con Noe en el medio. Tenía ganas de ver esa película; la verdad es que el tráiler me había llamado la atención, aunque intuía que lloraríamos un montón. Se titulaba *Yo antes de ti* y contaba la historia de una chica que comienza a trabajar cuidando a un chico que va en

silla de ruedas a causa de un atropello.

No llevábamos ni cinco minutos de película cuando Cloe sacó su móvil, que estaba iluminado y vibraba porque alguien la estaba llamando.

—Es Hugo —me susurró Noe.

—No me digas —le respondí con sorna.

Cloe colgó y vi que tecleaba en la pantalla; supuse que le estaba enviando un mensaje en plan «estoy en el cine; ahora no puedo hablar».

Seguí viendo la película, pero observé que Cloe y Noe cuchicheaban entre sí. Le di un codazo a Noe para que me hiciera partícipe de la conversación y me pasó el móvil de Cloe para que leyera un mensaje.

—Toma, lee. Es de Hugo.

Lo cogí y me puse a leerlo.

Hola, preciosa. —Uyuyuyuy...—. Perdona, no sabía que estabas en el cine. Te llamaba para decirte que por qué no hablas con tus amigas y dentro de un par de fines de semana hacemos una escapada a la casa que tienen mis padres en la sierra. Aunque te lo podía haber dicho mañana cuando nos veamos, me moría de ganas de preguntártelo. Ve pensándolo y se lo comentas a ellas; mañana me cuentas, ¿te parece?

A ver, que yo me entere: estaba invitándonos a las tres a su casa dentro de quince días. ¿Para qué?, ¿para que fuéramos de carabinas? O se suponía que Noe iría con Marco y yo con... ¿con quién? No entendía muy bien la propuesta, la verdad.

Le devolví el móvil a Noe para que se lo diera a Cloe.

—Y bien, ¿qué opinas, nena?

—Es que no entiendo nada. Lo hablamos a la salida, ¿vale? Que no me entero de la peli si no.

Me quedé pensando en el plan. Probablemente nos había invitado a todas para que no fuera muy descarado decírselo solo a Cloe y no pareciera que quería ligársela. Aunque, seamos sinceros, esa parte creo que ya la habían superado y nadie tenía que ligarse a nadie.

Salí de la sala con los ojos rojos como tomates; había llorado un montón. Joder, o yo estaba demasiado sensible o mis amigas eran de hielo, porque echaron un par de lagrimitas y ya.

—Chicas, sois unos jodidos témpanos —les dije.

—¿Nosotras? ¡Qué dices! ¡Tú eres muy sentimental! —bromeó Cloe.

—Pues no sé si lo soy o no, pero menuda panzada de llorar que me he dado —respondí, sonándome la nariz.

—¿Nos tomamos algo antes de ir a casa? —propuso Noe.

—Por mí, sí —respondió Cloe enseguida.

—Por mí, también. Así me explicáis el plan de Hugo, que aparte de sentimental debo de ser muy corta, porque no lo he pillado.

Nos dirigimos a una zona de bares y restaurantes que había cerca del cine y entramos en uno a tomarnos una cerveza con unos montaditos.

—Yo, uno de tortilla de patata —dije.

—Yo, de salmón ahumado y queso —pidió Noe.

—Y para mí..., uno cuatro quesos —añadió Cloe.

—Eso no te lo tomes mañana, que si no Hugo va a salir corriendo cuando le susurres cerca...; por el aliento, digo —bromeó Noe.

—¡Serás...! —se carcajeó Cloe—. Bueno, que voy a pedir esto. Ahora vengo.

No tardaron en servirnos y empezamos a hablar del plan que Hugo había pensado para dos semanas después.

—Yo creo que Hugo quiere que vayamos en plan parejitas —afirmó Noe.

—Pues conmigo no contéis —respondí—. Iros los cuatro a disfrutar de vuestro amor.

—Pero ¡qué dices, Noe! —increpó Cloe—. ¿Quién ha dicho que quiera que vayamos así? En el mensaje no decía nada de eso.

—A ver, cariño —dijo Noe, cogiendo a Cloe de la mano—. Le da palo decirte que vayáis solos a una casa en el campo. Y tiene que utilizarnos de excusa. Pero quedaría fatal ir tres tías y un tío, así que verás como mañana te lanza que yo hable con Marco y Naira con...

—Naira con nadie —interrumpí.

—No deis por hecho cosas que no sabemos —le defendió Cloe.

—Mañana me lo vas a confirmar, ya lo verás.

—Bueno, pero como de momento lo único que sabemos es si queremos ir a la casa de sus padres en la sierra, hasta ahí podemos opinar. ¿Qué me decís? —insistió Cloe.

—Yo prefiero esperar a tener más información —dije, jugueteando con el vaso.

—Lo mejor es que cuando mañana lo veas y te explique todo el plan, nos llames y nos cuentes. ¿Te parece?

—Vaaaaaale. Pero no seáis tan mal pensadas, joder.

—Mal pensadas, no, Cloe —respondí—. Lo que está más que claro es que a Hugo le gustas y que no te invita solo para enseñarte la montaña. Y, ojo, que no me parece mal, todo lo contrario; me encantaría que os fuera bien, porque a ti, aunque no nos lo digas directamente, te gusta un montón, y tú

también a él. Así que, cariño, deja que mañana te explique y después nos cuentas.

—Está bien; cuando hable con él os cuento.

—Brindemos por Cloe y por su nueva ilusión —dijo Noe, alzando su vaso.

—Brindemos —repetí.

Terminamos de bebernos la cerveza y nos fuimos a casa, que al día siguiente había que madrugar para ir a la universidad.



La nueva biblioteca, que habían inaugurado hacía relativamente poco, era espectacular. La fachada era algo abstracta, con líneas y formas extrañas que le daban un aire retro.

Cogí el metro y me presenté allí sobre las cinco de la tarde. Por la mañana había estado en la universidad con mis amigos y después fui a comer, sola en casa, ya que mis padres estaban trabajando. No era muy de estudiar en bibliotecas, pero pensé que me vendría bien ir a una para recoger información para el trabajo de Psicología.

Nada más entrar, me recibió un amplio *hall* cuyas cristaleras dejaban entrar toda la luz del exterior, que iluminaba todo de forma natural. A la izquierda, un mostrador con un chico joven al mando, que ordenaba unos ficheros. Frente a él, sillones blancos individuales y un par de mesitas de cristal redondas.

Me acerqué al mostrador y el chico me recibió con una sonrisa.

—Buenos días —dije.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarte? —respondió solícito.

—Verás, es la primera vez que vengo y...

—Tranquila —sonrió—; solo tienes que dejarme tu DNI y te haré un carné. Con el código de barras que tiene podrás entrar y salir cuando quieras.

—Genial.

Me ofreció un formulario y un bolígrafo para que rellenara mis datos y, con una pequeña *webcam* que tenía sobre el ordenador, me hizo una foto.

—Dame un minuto —dijo mientras metía los datos en el ordenador.

Esperé mirando a mi alrededor. A la derecha había una puerta grande de cristal que daba acceso a la sala. Tenía dos plantas y, aunque evidentemente no sabía cuántos metros cuadrados tenía, la biblioteca era espectacular.

—Aquí tienes —dijo el recepcionista, entregándome el carné.

—Perfecto. Gracias.

—De nada. Te doy también este tríptico donde informamos de los horarios y de las normas del centro.

Lo cogí mientras asentía con una sonrisa. Caminé hasta la puerta, que tenía un lector de tarjetas, y cuando pasé el carné sonó un ruido como el que

hace la puerta de un portal cuando llamas al telefonillo y entré.

Cuando llevaba allí más o menos una hora, salí a comprarme un refresco en la cafetería del centro y, de paso, a despejarme un poco. Había bastante gente, así que esperé pacientemente en la barra a que alguien me atendiera. En ese momento, oí una voz que reconocí al instante y me volví con rapidez.

Y allí estaba él, lo que me provocó un vuelco al corazón. Apoyado en la barra, Gael hablaba animadamente con un grupo de chicos. Lo observé desde mi posición, lo suficientemente cerca como para oírle y lo suficientemente lejos como para que no me viera, aunque también ayudó que quedaba parapetada por un par de chicas que tenía al lado.

Me lo quedé mirando más tiempo del que me hubiera gustado. Se le veía tranquilo, relajado, risueño ante los comentarios de sus amigos.

—Perdona, ¿qué te pongo?

Me di la vuelta como un resorte: el camarero me miraba con el ceño fruncido. Me había quedado tan sorprendida con la presencia de Gael allí que olvidé que estaba esperando para pedir.

—¿Cómo? —respondí, aún algo perdida.

—Que si quieres algo o, si no, despeja la barra.

—Ay, perdone —dije apurada—. Sí, quería una Coca-Cola, por favor.

—¿Lata o botella?

—Lata.

No tardó ni medio minuto en servirme la bebida (aún un poco borde) y decirme:

—Ochenta céntimos.

Saqué el monedero, pagué y me marché de allí sin mirar atrás porque no quería que Gael me viera, así que salí a la calle y me senté en un bordillo. Este jodido destino no paraba de ponérmelo delante; al menos, podría tener la vergüenza de avisarme y lo mismo evitaba ir a ciertos sitios.

Había sacado el móvil para mirar mis redes sociales cuando alguien se sentó a mi lado.

—¿Puedo?

Me volví sorprendida.

—¡Gael! ¿Qué... qué haces tú aquí? —titubeé.

—He venido con unos compañeros de la facultad a ver la biblioteca. Es una pasada.

—Sí. Está muy bien. Oye..., ya tienes mejor el ojo, ¿verdad?

—Eso parece —respondió palpádoselo.

Se acomodó a mi lado y encendió un cigarro.

—Te he visto en la cafetería —dijo— y creo que tú también me has visto a mí.

—Yo...

—No pasa nada, tranquila. No era obligatorio que vinieras a saludarme. Suspiré y medio sonreí mirando al cielo.

—No quiero que pienses que...

—Eh..., Naira, que no me tienes que dar explicaciones. Ya he venido yo, no hay problema —sonrió.

—Tienes que entenderlo —musité.

—Lo hago. De verdad —respondió en el mismo tono.

—No es fácil fingir que tenemos una buena relación.

—Algún día dejaremos de fingirlo. Lo sé.

—Sinceramente, no sé si quiero.

—Lucharé por que cambies de opinión.

—Tengo la sensación de que cuando estoy contigo camino por un suelo cubierto de canicas y que, en cualquier momento, volveré a caer.

—No dejaré que caigas, Naira.

—Eso pensaba yo.

—Mira, ¿por qué no hablamos de esto esta noche, en mi casa? Cenamos tranquilamente y charlamos. Este no es un buen lugar.

—Tienes razón en que el sitio no es el adecuado —respondí, poniéndome de pie—, pero no creo que sea buena idea cenar juntos.

—Solo quiero que hablemos, Nai. Dejar todo aclarado y empezar de cero.

—Gael, ¿realmente crees que yo puedo empezar de cero?

—Es cierto. Perdona. Es que...

—Tengo que irme.

—Naira. Por favor, piénsalo. Valora el vernos un día para hablar tranquilamente.

Tragué saliva y me tomé mi tiempo para responder. Dolía demasiado aún.

—Lo pensaré.

Y me metí en la biblioteca con un nudo en la garganta. Me sorprendí a mí misma por haber mantenido la conversación con tanta calma; tal era el sosiego que me asusté. Creí que en cualquier momento saldría la bestia y me alegré de que no hubiera sido así; dejé fluir todo lo que se me pasaba por la cabeza, con serenidad, y eso era bueno, ¿no? O al menos quería pensar que lo era. Intenté

convencerme de que si no me alteraba era porque mi corazón empezaba a cicatrizar; ya no estaba en carne viva.

**CLOE**

Cloe había quedado esa tarde con Hugo. Estaba muy nerviosa, porque era la primera vez que se veían solos desde que ella se había dado cuenta de que sentía mucho más que una simple amistad por él. Ella pensaba que Hugo era un amor, siempre muy atento con ella y supercariñoso. Y, sobre todo, la quería y la respetaba como era.

Aún seguía sintiéndose muy insegura con su peso. Su imagen no era la que le gustaría tener, pero gracias a las visitas semanales a su psicóloga y al apoyo de sus padres (que cada vez estaban más cerca de volver juntos), de sus amigas y de Hugo, estaba llevando su enfermedad de una manera un poco menos dolorosa, porque ella sufría, y mucho. Y comer seguía siendo un suplicio, pero, por suerte, la habían cogido a tiempo.

Habían quedado en un parque cercano a su casa, que tenía unas grandes explanadas de césped donde poder sentarse y disfrutar de la tarde. Se puso unos vaqueros negros largos que le quedaban un poco grandes y una camiseta también oscura. Ella creía que así se vería más delgada; «el negro adelgaza, o eso dicen», pensó.

Cuando estaba llegando vio a Hugo de pie. Estaba apoyado en un árbol, con una de sus piernas flexionada, mirando hacia un lado y otro, hasta que la vio llegar y mostró una amplia sonrisa. Se incorporó y se frotó las manos como si estuviera nervioso, y a Cloe el corazón empezó a irle a mil por hora. Hacía tiempo que no sentía esas mariposillas revoloteando por el estómago. Cada vez tenía más claro que lo que tenían, o habían tenido, Raúl y ella había terminado convirtiéndose en una bonita amistad. No sabía si era la distancia, lo jóvenes que eran cuando empezaron o una mezcla de todo, unido a la rutina cada vez que se veían, lo que les había hecho naufragar.

Cuando llegó hasta él se detuvo y Hugo se acercó para darle dos besos, calmados y repletos de buenas intenciones.

—Hola —dijo ella.

—Hola, Cloe. ¿Cómo estás?

Ambos tenían esa sonrisita tonta, ese gesto inconsciente que delataba total y descaradamente lo que sentían el uno por el otro. Pero bendita sonrisa,

con todo lo que podía llegar a transmitir.

—Eh..., ¿te apetece que nos sentemos junto a ese árbol? —propuso Hugo.

—Sí, claro.

Y se dirigieron hacia allí, nerviosos e ilusionados. Hugo prefería no proponerle ir a cenar o a almorzar para evitar el tema de la comida. No quería que se sintiera incómoda, así que, de momento, estaría bien así. Cloe se acomodó junto al tronco del árbol y Hugo se sentó frente a ella.

Había bastante gente, desde niños dando patadas a un balón hasta grupos de jóvenes jugando a las cartas.

Empezaron a hablar de cómo le iba a Cloe en la facultad y después Hugo pasó a contarle que le habían encargado un evento que, si salía bien, podría darle mucha publicidad.

—Bueno y... ¿has hablado con tus amigas sobre el mensaje que te envié ayer mientras estabais en el cine?

—¡Ah! ¡Sí! Pero la verdad —dijo, entrecerrando los ojos— es que preferiríamos tener más información antes de decidir nada.

Su respuesta le provocó una carcajada.

—Genial. Pregunta todo lo que queráis saber.

—¿Vas a ser el único chico?

—¿Queréis que lo sea? —alzó las cejas, con una mirada traviesa.

Esta vez la que se rio fue ella. Esa sonrisa juguetona la había desarmado.

—Venga, va, ahora en serio —dijo él—. Pensé que si queríais que alguien os acompañara le invitaríais con total confianza.

—¿Pensabas en alguien en particular?

—Bueno, quizá Marco...

—Ya... —medio sonrió Cloe—. No me irás a decir que también, y por pura casualidad, habías pensado en Gael.

Hugo cogió aire y lo exhaló, sonriendo tímidamente. Carraspeó y se acercó un poco más a Cloe. Su gesto cambió de dicharachero a más serio.

—Mira, Cloe..., yo...

—Hugo...

—No, déjame hablar, por favor.

Le cogió las manos con delicadeza y las envolvió entre las suyas. Cloe casi sufre una parada cardíaca. Si abría más los ojos se le acabarían saliendo de las órbitas.

—Sé que te estás tomando un tiempo para reflexionar sobre tu relación

con Raúl y probablemente no tendría que estar diciéndote nada de esto, pero necesito que lo sepas.

Cloe le miraba tan atenta que para ella el resto del mundo había desaparecido.

—Me gustas, Cloe. Me gustas mucho. Y, joder, sé que no es un buen momento, pero quiero que sepas que...

En ese momento, se oyó un grito:

—¡Cuidado!

Hugo se dio la vuelta y vio que un balón de fútbol iba derecho hacia sus cabezas. Con un movimiento reflejo, sacó la mano y el cuerpo para proteger a Cloe y cogió la pelota al vuelo.

—¡Buena parada! —gritó uno de los niños.

Se la lanzó con fuerza y, al darse la vuelta, su rostro quedó a escasos centímetros del de Cloe. La contempló serio, con deseo, mientras su mirada pasaba de sus ojos a sus labios, que ella tenía entreabiertos. A ambos se les aceleró la respiración, que se reflejó en el vaivén de sus pechos. Hugo empezó a acercar sus labios a los de ella, sin dejar de sostenerle la mirada, esperando algún gesto que le hiciera parar. De alguna manera, le estaba pidiendo permiso para besarla, pero ella no decía nada; al contrario.

Tanto se acercó que ambas bocas se unieron en un suave y casto beso. Cloe cerró los ojos y Hugo alzó la mano con sumo cuidado y le acarició la mejilla. Ninguno se apartó, sino que ambos abrieron levemente los labios y dejaron que las lenguas jugaran juntas.

Y así pasaron la tarde, besándose junto a un árbol que, casualmente, era el que sostenía las llaves que Naira y Gael un día colgaron.

**NOE**

Noe había quedado en el piso que Marco tenía alquilado, muy cerca de su casa. Al fin y al cabo, no fue ninguna casualidad que se hubieran tropezado en un par de ocasiones, ya que ambos vivían en la misma zona.

Desde que se habían conocido mejor a partir del día de la celebración de su cumpleaños, casi no se habían separado. Ella estaba sorprendida de que conectaran de esa manera tan potente, aun con la diferencia de edad que existía entre ellos. Marco era muy atento con Noe, cariñoso y sobre todo respetuoso, lo cual la hacía sentir especial, ya que siempre se había parapetado tras un escudo en sus relaciones para que no le hicieran el daño que sufrió su madre.

Al final, todas las situaciones dejan un poso en tu vida.

Cuando llegó a casa de su novio, él le abrió la puerta vestido con unos pantalones cortos negros y el torso descubierto.

—Mmm..., me gusta que me recibas así —dijo ella mientras le abrazaba y le besaba.

—Y a mí me gusta que a ti te guste —respondió él, dándole un mordisquito en el cuello.

—Venga, vamos para dentro antes de que algún vecino nos denuncie por escándalo público.

Entraron al salón y Noe se sentó en el sillón, mientras oía a Marco trastear en la cocina.

—¿Quieres algo de beber? —dijo desde allí.

—Agua, que tengo un calor...

—Vale, ahora te la llevo.

En un minuto apareció en el salón con un café con hielo y un gran vaso de agua para su chica.

—Gracias. —Y se la bebió de un trago.

—Vaya, sí que tenías sed.

—Sí, un montón —respondió con un mohín.

—Bueno, y ¿qué te apetece que hagamos esta tarde?

Noe se dejó caer en el respaldo del sillón y resopló.

—Pues no sé..., hoy hace mucho calor. Nos podríamos quedar aquí, ¿te

apetece?

—Claro.

—Una peli, palomitas y mucho amor —sonrió, mientras colocaba las piernas estiradas sobre las de Marco.

—No tengo palomitas, pero amor tengo para dar y tomar —respondió este, tumbándose sobre ella.

—Si sigues por ahí, no voy a necesitar ni las palomitas ni la peli —musitó Noe, ladeando la cara para dejarle más hueco en el cuello.

Acabaron haciendo el amor sobre el sillón, entregados, sensuales, y terminaron sudorosos y exhaustos.

—Joder, eres una diosa —resopló Marco.

—Tú tampoco estás nada mal —respondió ella mientras se levantaba.

—¿Dónde vas?

—A recuperar líquidos y a por un cigarro. —Le guiñó un ojo.

En ese instante, el teléfono móvil de Marco comenzó a sonar. Sin prisa, se levantó y se acercó a la cocina, donde lo tenía cargando. Miró la pantalla y vio que era su madre quien le llamaba.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás?

Se quedó en silencio mientras escuchaba lo que su madre le contaba desde el otro lado del auricular.

—Pero ¿estás bien? —preguntó—. Los médicos ya nos dijeron que estas cosas pasarían; no te pongas nerviosa.

Noe se vistió y se sentó en el sofá, sin perder de vista a Marco, preocupada por el tono de la conversación.

—¿Está papá en casa? —Silencio—. Vale. Pues estate tranquila. —Silencio—. Luego te llamo. Un beso, mamá. —Y colgó.

Se acercó al sillón con gesto preocupado y, apoyando los codos en las rodillas, se frotó la cara un par de veces.

—¿Ocurre algo? —preguntó Noe, acariciándole la nuca.

—Nada, tranquila, era mi madre. Está todo bien.

Lo que estaba claro es que no estaba «todo bien», como él quería hacer ver. Algo le ocurría a su madre, pero por lo visto prefería no contarle.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No te preocupes, de verdad.

Se levantó, fue al baño y cerró la puerta tras de sí. Se oyó el sonido del grifo y del agua correr. Noe no sabía qué hacer; evidentemente, algo le preocupaba, pero ¿qué podía hacer para ayudarle? No se le veía con intención

de contarle nada y ella tampoco quería forzarle, pero se sentía mal por estar ahí, en el sillón, esperando a que él saliera del baño.

No tenía mucha experiencia en tratar estos temas en pareja, ya que hasta ese momento no había considerado que ninguno de los chicos con los que había estado fueran sus novios. De hecho, esa palabra le rechinaba un poco; no era partidaria de poner nombre a todas las cosas, pero esta vez era diferente.

Aunque se lo había negado una y mil veces, estaba enamorada de él, y eso no se elige; sucede y punto.



A la mañana siguiente, como veníamos haciendo desde que comenzaron las clases, quedamos para ir juntas a la facultad. La noche anterior nos escribimos por WhatsApp y decidimos que hablaríamos camino a la universidad, y así podría contarles mi inesperado encuentro con Gael. No era un tema para tratarlo por medio de mensajes, por muchos emoticonos que utilizáramos.

Cloe escribió «prefiero contároslo en persona» y dejaba entrever que algo importante había pasado, sin decirnos nada. Y Noe más de lo mismo: «Chicas, me apunto a la conversación mañanera». Así que, visto lo visto, la mañana iba a ser movidita.

Nada más encontrarnos, Noe empezó a hablar.

—Chicas, no sé por qué me da que va a ser necesario saltarse la primera clase para que nos contemos todo.

—Buenos días —repliqué, dándoles un beso.

—Buenos días —respondió Cloe.

—Eso, buenos días, que me pongo nerviosa con esto de los cotilleos.

Cloe no tenía muy buena cara, la verdad, pero no era nada relacionado con sus problemas con la comida, sino más bien algo parecido a «estoy hecha un jodido lío»... y todo apuntaba a Hugo.

—Uy, aquí hay una que no ha dormido muy bien —insinué, mirando a Cloe.

Ella alzó las cejas, sorprendida.

—¿Yo? Pues no sé por qué lo dices —dijo, un poco a la defensiva.

—No, por nada, tranquila.

Las tres nos quedamos en silencio mientras caminábamos. De repente, a punto de llegar a la boca del metro, Cloe se paró delante de nosotras.

—¡Chicas, me besó! ¡Se me declaró!

Noe y yo cogimos aire impresionadas y nos tapamos la boca al mismo tiempo.

—¡Qué dices! —gritó Noe, agitando las manos—. ¡Ves como yo sabía que nos teníamos que fumar una clase!

—Pero ¿¿¿y qué hiciste??? —pregunté, también nerviosa.

—Pues... pues... ¿qué iba a hacer? ¡Le besé también!

—Decidido, vamos a la cafetería de la esquina. Seguro que la primera clase puede esperar; ya nos dejarán los apuntes, pero esto necesita una reunión de unicornias con carácter urgente —afirmó Noe, cogiéndonos a ambas de las manos.

Y eso hicimos. Nos metimos en una cafetería a la que no solíamos ir y que estaba lo suficientemente apartada de nuestras casas como para que nuestras familias no nos pillaran de marrón en plenas pellas. Nos pedimos tres cafés y comenzamos el cónclave.

—A ver, queremos todo lujo de detalles, cariño —dijo Noe.

—Bueno... Quedamos en el parque que está cerca de casa, ese que tiene el árbol con flores rosas y hojas en forma de corazón.

A mí sí que me dio un vuelco el corazón; ese era el lugar donde habíamos colgado Gael y yo las llaves que habían abierto nuestras almas. La verdad es que no había vuelto a pasar por allí para ver si seguían donde las dejamos, pero me daba igual. Hasta prefería que en una ventolera se hubieran caído y perdido entre los arbustos. Porque en ese punto estaba nuestra relación, perdida.

Cloe nos contó primero cómo fue lo de la declaración y el beso, al que, por lo visto, le siguieron unos cuantos más junto al árbol, de camino a casa y de despedida delante de su portal. Muchos abrazos, besos y una gran sonrisa tatuada en los labios de mi amiga.

Noe y yo la mirábamos como si estuviéramos viendo la mejor película romántica de la historia; lo que ocurría era que en este caso era real. Y era Hugo el que provocaba esa sensación en mi amiga, y por eso ya lo apreciaba más que antes (que ya era mucho).

—¿Y ahora, qué? —preguntó Noe—. ¿En qué habéis quedado?

Cloe resopló y se dejó caer contra el respaldo de la silla.

—Pues no lo sé. Me mandó un mensaje de buenas noches, yo le respondí y hasta ahora.

—Pero pinta fenomenal, ¿no? —dije yo.

—Bueno...

—¿Cómo que bueno? Hugo es un tío de puta madre, que a la vista está que bebe los vientos por ti, por no decir que está buenísimo y que tiene un culo para partir nueces —respondió Noe del tirón.

—¡Noe! —se quejó Cloe entre risas.

—¡Qué! —respondió de la misma manera—. ¡Es la verdad!

—Joder, que estoy hecha un lío, chicas. Hasta hace dos días, como aquel que dice, estaba con Raúl y pensaba que sería la persona con la que pasaría el resto de mi vida, y de repente, todo da un giro de ciento ochenta grados y me veo totalmente pillada por un chico que prácticamente acabo de conocer.

—A ver —intervine—, tampoco vamos a hacer un drama de todo esto, ¿no? Lo que tienes que hacer es disfrutar del ahora y no darle tantas vueltas. Verás como le sacas mucho más partido. Bueno, y cuéntanos lo del fin de semana.

—Que teníais razón. Quiere que Noe invite a Marco y él invitará a Gael, si no te importa, Nai, y a un par de amigos más.

—Pues qué divertido —resoplé.

—¿Y qué le has dicho? —preguntó Noe.

—Que hablaría con vosotras y que le llamaría después.

Las tres nos quedamos mirándonos. Bueno, en realidad, ellas dos me miraban más a mí. Lo que estaba claro era que Cloe quería ir; era evidente que le gustaría compartir más tiempo con Hugo, y si eran dos días enteros, mejor. Y en cuanto a Noe, pues seguramente a ella le daría un poco igual con tal de que Marco estuviera con ella. Cierto era que Marco y Hugo se habían llevado bien el día del cumpleaños de Noe, pero ¿y Gael? ¿Querría ir?

—¿Se puede saber qué miráis? —pregunté, algo irascible.

—Nada, nada —respondió Cloe enseguida.

—Te voy a decir por qué te estoy mirando yo, nena.

—A ver, sorpréndeme, Noe —le respondí.

—Te miro porque estoy viendo en la cara de Cloe que daría su mano derecha por ir ese fin de semana con Hugo. Y tal y como te conozco, sé que estás pensando en que Gael estará allí y un millón de catástrofes sentimentales te hundirán en la miseria. ¿A que sí?

—Bueno, puede ser, pero continúa.

—Entonces, solo nos queda una cosa por hacer y es ir. Acompañar a nuestra amiga a un fin de semana que la va a llenar de vida por todos los poros de su piel. Sabéis que yo con Marco me puedo ver en su casa cuando quiera, pero no es el caso de Cloe, así que, ya que Hugo ha dado el valiente paso de declararse y hacer que nuestra amiga vaya dejando un rastro de babas por donde pasa, vas a dejar de pensar en Gael y vas a pensar en ti y en nosotras. ¿Qué te parecen las razones por las que te miraba?

—Joder, que me has dejado ojiplática. —Alcé las cejas.

—Pero ¿he acertado?

—De pleno.

—Entonces, creo que ya está todo dicho. Cloe, mándale un mensaje a Hugo y dile que vaya preparando la maleta y que no se olvide de meter muchos condones.

—¡Noe! —se quejó Cloe.

—¡Qué! Pero si lo digo por si a mí se me terminan, que me deje alguno. Joder, qué mal pensadas sois. —Guiñó un ojo.

Pues ya está. Estaba decidido. Íbamos a pasar un fin de semana en la sierra, rodeadas de naturaleza y de muchas emociones.

—Bueno, y tú, Noe, ¿qué tienes que contarnos? —pregunté.

—Joder, pues que ayer estuve en casa de Marco y le llamó su madre por teléfono. Nada más cogerlo se le cambió la cara. Algo pasaba, pero en ese momento no me lo quiso contar. Hasta se metió en el baño para despejarse.

—¿Y qué pasaba? —preguntó Cloe, atenta.

—Resulta que su madre tiene cáncer; está recibiendo quimioterapia y ayer no debía de encontrarse muy bien.

—No jodas —reaccioné.

—Al final, cuando salió del baño, se sentó conmigo en el sillón y me lo contó. Menuda putada.

—¿Y cómo están?

—¿Quién?

—Su madre y él.

—Pues su madre está mal, porque las sesiones la están dejando hecha polvo; pasa días en la cama sin poder levantarse del mal cuerpo que se le queda. Y él... lo lleva. Tiene una hermana melliza y entre ellos se están apoyando mucho y tratan de ser fuertes ante sus padres.

—Puto cáncer; qué coño será que no hay manera de encontrarle un remedio —me quejé.

—Bueno, y ahora te toca a ti, Nai. Cuenta, nena.

—Vale, me toca. —Cogí aire y resoplé—. ¿Os acordáis que ayer os dije que me iba a conocer la nueva biblioteca que han abierto?

—Sí —respondieron al unísono.

—¿Adivináis quién estaba allí?

—No jodas: Gael —respondió Noe sin dudar.

—Exacto —afirmé.

—Pero ¿es que te tiene puesto un GPS en el culo? —preguntó Cloe—. ¿Cómo puede ser que esté siempre donde tú vas?

—Pues no lo sé. El caso es que fui a la cafetería para comprarme algo de beber y, justo a un par de metros, estaba él con un grupo de chicos. Me hice la despistada y me marché de allí, pero según salgo y me siento a beberme el refresco, ¡zas!, aparece a mi lado.

—¿Y qué te dijo?

—Pues lo de siempre. Que hablemos. Que ahora están los ánimos más calmados y podríamos quedar para hablar en su casa. Evidentemente, y antes de que me preguntéis, le dije que no.

—Naira —me interrumpió Cloe—, no tenemos que ir a la sierra el fin de semana si no quieres. Entiendo que para ti no es fácil encontrarte con él después de lo que pasó. Así que no pasa nada si lo dejamos.

—De eso nada —dije, poniendo mi mano sobre la suya—. Vamos a ir y lo vamos a pasar muy bien; tú vas a disfrutar de Hugo todo lo que quieras y más, Noe de Marco y yo ya veré lo que hago.

—Lo mismo los colegas de Hugo tienen un buen revolcón —insinuó Noe.

—Sí, claro, estoy yo como para conocer a más tíos. Casi que mejor no.

—Oye, pues sí que dio de sí el día de ayer, ¿no? —preguntó Cloe.

—Ya ves. Esto no podía hablarse por chat.

—Y ya con un cafecito, las conversaciones saben mejor, ¿verdad? —dijo Noe.

—Bueno, yo creo que ya deberíamos ir a la universidad, que al final no llegamos ni a segunda hora.

Y eso hicimos, pagamos los cafés y nos marchamos camino del metro.



El día anterior a la escapada a la sierra, mientras preparaba la maleta, lo pasé bastante mal. Porque en ese equipaje no solo había ropa; también contenía muchos sentimientos encontrados, muchos miedos, demasiados recuerdos y un montón de lágrimas ya evaporadas.

Pasar el fin de semana tan cerca de él me provocaba un remolino de emociones que no sabía muy bien cómo gestionar, ya que los nervios se estaban apoderando de mí.

Me apetecía mucho verle, a quién quería engañar; el hecho de que no me sintiera cómoda con su presencia no significaba que no me gustara mirarle a los ojos sin que él fuera consciente. Como una *voyeur* sin malas intenciones. No podíamos olvidar que había sido la primera persona con la que me había acostado, y eso, para bien o para mal, era inolvidable.

Estaba segura de que Gael sabría que yo iba, y me hubiera encantado ver por un agujerito su reacción. ¿Le apetecería que estuviera allí? ¿O para él también supondría un conflicto de sentimientos? No lo sé, pero lo que estaba claro era que esa maleta pesaba más de lo que parecía.

Salí a cenar al salón después de prepararla y vi a mi madre poniendo la mesa en la cocina.

—¿Ya has preparado todo? —preguntó.

—Sí, o al menos eso creo. ¿Y papá?

—En la ducha.

En la televisión estaban puestas las noticias y oí que la presentadora decía:

—Las oriónidas, la lluvia de estrellas fugaces, podrán verse con especial intensidad desde esta misma noche en todo el mundo. Estas estrellas, que reciben su nombre porque parecen proceder de la famosa constelación de Orión, podrán observarse a simple vista, sin necesidad de telescopio. Los expertos calculan que podrán verse entre veintitrés y veinticinco meteoros por hora cruzando el cielo. Lo recomendable es buscar un lugar abierto y oscuro alejado de la iluminación de las ciudades y esperar bien abrigados hasta ver algún meteorito.

—Anda, mira qué bien —dijo mi madre, animada—. Seguro que desde la

sierra podréis ver las estrellas fugaces.

—Pues sí, la verdad es que nunca he visto llover estrellas. Me abrigaré y saldré a ver si consigo contemplar alguna.

—Y no te olvides de pedir un deseo.

—¡Tendré que llevármelo ya pensado, que seguro que en ese momento no se me ocurre ninguno! —me reí.

—Pues piensa mientras te comes las acelgas, a ver si te inspiran —se rio ella también.

Después de cenar, me metí en mi habitación a leer un rato. Sabía que me iba a costar un montón dormirme y pensé que lo mismo leer hacía que me entrara el sopor. El móvil empezó a sonar, dejé el *ebook* sobre la cama y cogí el teléfono.

—Hola, Cloe, ¿qué tal, pequeña?

—Hola, Nai, ¿qué haces?

—Pues ahora mismo leer un ratito. ¿Ya has hecho la maleta?

—Sí, acabo de terminar. Te llamaba porque hemos quedado en que Hugo vendrá a buscarnos a mi portal cuando volvamos de la facultad y comamos. Noe me ha dicho que Marco acudirá después, cuando salga de trabajar, y Gael y los otros dos chicos saldrán más o menos a nuestra hora, pero desde otro lado.

—Genial. Si quieres que te sea sincera, me alivia saber que voy con vosotras en el coche. Ya me veía con Gael y los colegas.

—Tranquila, que vas a estar bien, ya lo verás. Además, ¿has visto en las noticias lo de la lluvia de estrellas?

—Síííí, ¡me encanta! ¡Nunca he visto ninguna!

—Pues coge una chaquetita para poder salir a verlas.

—Tú no, que ya tendrás a Hugo para que te dé calor —bromeé.

—Joder, cómo eres.

—Yo ya me daré calor a mí misma —me reí.

—Nai.

—Dime.

—Gracias.

—¿Por qué, mi niña?

—Por querer verte a pesar de... bueno, de lo que pasó.

—A ver, Cloe, no me tienes que dar las gracias. Ya sabes que por vosotras haría lo que fuera, así que piensa en lo bien que nos lo vamos a pasar.

—Vale.

—Además, lo mismo Noe tiene razón y alguno de los amigos tiene un buen revolcón.

La oí reírse al otro lado del auricular y eso era lo único que yo quería, que recuperara esa luz que perdió cuando ingresó en el hospital. Nos despedimos con un hasta mañana y me quedé mirando al techo con una sonrisa en los labios, hasta que me dormí.



Cuando Hugo nos recogió frente al portal de Cloe, a mí me temblaban hasta las uñas de las manos. ¿Nunca habéis tenido esa sensación de nervios cuando sabéis que os vais a encontrar con el chico que os gusta? Se te seca la boca, los labios, no paras de tragar, y caminas tan tensa que parece que te han metido un palo de escoba en la espalda (por no decirlo de otra manera más soez).

Y bueno, de las mariposas en el estómago ni hablamos. Llevaban revoloteando desde el momento en que supe que volveríamos a encontrarnos, pero esta vez era algo planeado, no por casualidad, como ocurría últimamente.

Me fijé especialmente en cómo Hugo recibía a mi amiga. Nada más aparcar el coche en doble fila, las mejillas de Cloe empezaron a colorearse sin control y las tres (sobre todo ella) nos quedamos expectantes a ver qué pasaba cuando Hugo saliera del coche.

Lo hizo con una sonrisa, cerró la puerta tras de sí y se acercó directamente a Cloe para ponerle las manos en las mejillas y plantarle un pedazo de beso en toda la boca. Creo que todas nos quedamos sin respiración. Noe y yo nos miramos sorprendidas ante la reacción tan segura de Hugo, y Cloe sencillamente se dejó llevar.

Noe y yo nos acercamos al coche para dejarles algo de intimidad y esperamos a que nos abriera el maletero para dejar nuestro equipaje. Una vez se saludaron, Hugo se acercó a nosotras.

—Hola, chicas. Muchas gracias por venir.

—Hola, *latin lover* —bromeé, mientras le daba un gran abrazo.

Le oí carcajearse sin separarse de mí.

—¿Qué tal, Nai? Muchas gracias por venir; sé que para ti no es fácil — me musitó al oído.

—Lo que sea por ver a mi amiga feliz —respondí en el mismo tono.

Nos montamos en el coche y salimos rumbo a la sierra, a un pueblo en la montaña que, según nos había contado Hugo, desprendía magia y encanto por cada rincón.

En una hora y poco llegamos a nuestro destino, tras recorrer carreteras serpenteantes rodeadas de preciosos paisajes. La casa estaba aislada en el

monte. Por lo que nos había contado Hugo, el vecino más cercano estaba a casi un kilómetro de distancia, lo que hacía que el único sonido que se oyera fuera el de los pájaros y que solo hubiera un coche: el nuestro.

Pero por poco tiempo, porque según respiraba el aire puro con fuerza para que me llenara los pulmones, el rumor del motor de otro vehículo anuló el silencio y la paz del lugar. Me volví y ahí estaba el coche de Gael haciendo su entrada. Nuestras miradas se cruzaron y yo rápidamente me di la vuelta para acercarme al maletero donde se encontraba mi equipaje.

Lo abrí y caminé con rapidez hacia la casa para intentar alargar un poco más el encuentro.

—¡Mira, Nai! —gritó Noe.

—¿Dónde estás?

—¡Aquí!

—¿Y dónde es aquí? ¡Te recuerdo que es la primera vez que vengo y no me conozco los *aquí* de esta casa!

—¡En la planta de arriba!

—Mucho mejor así.

Según entrabas en la casa, te encontrabas un salón enorme, todo decorado en estilo rústico y con vigas de madera en el techo. Lo que más llamó mi atención fue el pedazo de chimenea que lo presidía. Estaba apagada, evidentemente, pero por un momento me la imaginé encendida, con el chisporrotear de la leña e inundando la estancia de un calor que abrigaba.

Me recordaba a los albergues de los Alpes que siempre salían en las películas, con una alfombra blanca y mullida frente a la chimenea y tres sillones colocados estratégicamente alrededor. Al fondo había varias puertas, una de las cuales daba a la cocina.

Pero, de momento, lo primero que hice fue subir en busca de mi amiga Noe a ver qué quería. La encontré en una de las habitaciones, asomada a la ventana.

—¡Mira, ven! Asómate y dime si esto no es vida. ¡Mira qué paisaje!

—Joder —suspiré—, podría acostumbrarme a tener estas vistas todas las mañanas.

—¿Lo dices por el chico que se acaba de bajar del coche, que casualmente es tu ex? —bromeó.

—No me jodas, Noe.

Y le vi; ahí estaba, sacando las cosas del maletero con dos chicos más. Llevaba unos vaqueros azules desgastados y una camiseta negra, que hacía

juego con la gorra. Él no me había visto; trasteaba con su mochila sin saber que yo le estaba recorriendo con la mirada, hasta que mi amiga Noe, tan oportuna como siempre, gritó:

—¡Hola, chicos!

Los tres miraron hacia arriba automáticamente y a mí me entraron unos calores que ni el frío invierno de Canadá me habría quitado en ese momento. Nuestra miradas se cruzaron y sonrió; alzó la mano a modo de saludo y tuve que retirarme porque no soportaba la intensidad de su mirada.

—Joder, Noe, ya te vale —me quejé.

—Perdona, perdona, nena; no pensé que te iba a molestar.

—Si no me molesta, pero entiende que aún me impresiona verle.

La verdad era que no me esperaba que nuestro encuentro fuera así, a gritos desde la ventana, pero no sé por qué estaba segura de que él se había dado cuenta de que llevaba un ratito mirándole. Jodida Noe; cómo le gustaba ponerme colorada.

—Esta habitación para nosotras, ¿quieres? —dijo Noe.

—A ver, no quiero ser aguafiestas, pero tú y yo sabemos que vas a dormir con Marco y probablemente Cloe lo haga con Hugo, así que creo que elegiré una habitación donde duerma sola.

—Bueno, a ver, tampoco demos las cosas por hechas. —Hizo un mohín—. Bueno, vale, quizá duerma con Marco, pero...

—¿Quizá?

—¡Vale, vale! Pero que te quiero decir que ahora, cuando veamos la casa entera, lo decidimos. No te voy a dejar sola durmiendo con alguno de los colegas de Hugo..., a no ser que...

—¡Noe! ¡No me jodas!

Mi amiga comenzó a carcajearse. Es que la tía era todo un cúmulo de genialidades que te hacían reír sí o sí; era algo que me encantaba de ella, que era capaz de poner humor a situaciones tensas.

—Venga, vamos abajo y nos presentamos como personas educadas, no a gritos desde la ventana —dijo Noe, muy digna, en tono sarcástico—. ¡Qué van a pensar!

Volví a reírme y salí tras ella de la habitación mientras la abrazaba por detrás. Comenzaba el fin de semana.



Bajé muy nerviosa la escalera; utilicé como escudo a mi amiga Noe, al tiempo que pensaba en qué cara poner cuando saludara a Gael. Una vez abajo, ellos tres estaban dejando las mochilas sobre los sillones mientras saludaban a Hugo y él les presentaba a Cloe.

Noe y yo nos acercamos al grupo y, como si nada, nos colocamos en círculo.

—Bueno, os voy a presentar. Ellas son Naira y Noemí, y ellos son Pablo y Samuel; a Gael ya lo conocéis.

Los chicos se acercaron a saludarnos y Gael no fue menos. Cuando lo tuve delante se me olvidaron todos los ensayos gestuales y, sin querer, una sonrisa tímida salió de mis labios.

—Hola, Naira —musitó.

—Qué tal, Gael, ¿cómo estás?

—Bien. Me alegro de verte.

Se supone que yo debería responderle que yo también, porque de hecho me alegraba y mucho, pero no quería darle la mano y que terminara cogiéndome el brazo. Tenía que mantenerme fría y con los sentimientos anestesiados para no volver a sufrir.

Me limité a asentir y me di la vuelta en busca de Cloe, que desde el otro lado me decía que me iba a enseñar la parte de abajo. La cocina estaba decorada con muebles de madera y encimeras de mármol blanco, y había una isla rectangular en el centro, con un cesto de mimbre encima, que le daba todavía un ambiente más rústico a la estancia.

—La verdad es que es preciosa —dije, admirando el paisaje que se dejaba ver por la ventana.

—Sí, ¿verdad? —respondió Cloe—. Por lo visto, sus padres suelen venir casi todos los fines de semana; este es el pueblo de su madre y donde Hugo creció.

—Bueno, chicas —interrumpió Noe—, estamos hablando del reparto de habitaciones; la cosa se pone interesante. —Se frotó las manos, maliciosa.

—A mí no me hagáis el lío, ¿eh? Que alguna duerma conmigo.

—Yo —dijo de repente Cloe—. Tú y yo compartimos habitación.

—Pero...

—Que sí, calla, no te preocupes.

—Mira, vamos a hacer una cosa. De primeras, compartimos habitación y luego ya iremos viendo cómo va la cosa —guiñé un ojo—; y si me tienes que abandonar, tú tranquila que me alegraré muchísimo por ti.

Las tres nos reímos y salimos al salón, donde los chicos estaban sentados en los sillones, charlando.

—Chicas —dijo Hugo—, estábamos hablando de cómo repartir las habitaciones. Hemos pensado que Noe querría dormir con Marco...

—Habéis pensado bien —dijo mi amiga.

—Y Nai y yo en otra —intervino Cloe.

Me fijé en la cara de Hugo; la miró sorprendido, pero luego medio sonrió y asintió, gesto al que Cloe respondió de la misma manera, pero más tímida.

—Vale. Entonces tenemos la habitación de matrimonio donde dormirán Marco y Noe; en la de dos camas, Naira y Cloe; yo en la mía, y luego queda otra habitación de una cama, que no llega a ser de matrimonio, pero es un poco más grande que una individual, y estos tres sillones que se hacen cama.

—Yo prefiero el sillón cama —dijo Samuel.

—Venga, yo también —le acompañó Pablo.

—Entonces, Gael, quédate en la habitación de arriba, ¿no?

—A mí me da lo mismo, de verdad —respondió—. Puedo dormir en el sofá.

—Nada, ya está repartido —afirmó Samuel—, ¡así que vamos a empezar el fin de semana con fuerza! ¿Unas cervecitas?

Samuel tenía el pelo muy cortito, no rapado pero casi, y los ojos marrones oscuros. Tenía un cuerpo bastante modelado, lo cual me llevó a entender que se lo curraba mucho en el gimnasio y era incluso algo exagerado. No me llamaban la atención los chicos que, sin ser culturistas, tenían un cuerpo demasiado trabajado a base de pesas. Y también, joder, que tenía a Gael enfrente, así que aunque se pusiera delante de mis narices el mismísimo Brad Pitt, mi ex seguiría siendo el más guapo del mundo para mí.

Pablo era más bajito, con el pelo moreno, liso y largo hasta la nuca. Tenía los ojos algo rasgados, como si fuera hawaiano, con un color de piel más oscuro que el mío y un cuerpo normal, ni muy delgado ni muy ejercitado.

Tras dejar nuestros equipajes en las habitaciones que finalmente habíamos elegido, lo primero que hicimos fue intentar encender la chimenea para calentar la casa, que, cierto era, estaba un poco fría. Gael y Samuel

salieron a coger leña de un pequeño cobertizo y Hugo preparó unos palos pequeños para que hicieran de cama de los grandes y empezaran a arder primero.

La puerta se abrió y Gael entró con varios troncos en los brazos, que hacían que se le marcaran los bíceps. ¡Madre mía! Casi me desmayo; era tan guapo, tan perfecto... ¿qué coño, perfecto? Me reprendí. Me había engañado durante mucho tiempo y eso hizo que el adjetivo *perfecto* se borrara de mi mente inmediatamente. Pero bueno, por mirar no pasaba nada, y a ese paso, se me iban a terminar cayendo los ojos de tanto observarle.

Cloe salió a llamar por teléfono a su madre y Noe hizo lo mismo, pero para hablar con Marco, así que me quedé sola en el sillón viendo como Gael y Hugo, agachados frente a la chimenea, colocaban la leña estratégicamente y ponían unas pastillas de encendido para prenderla.

—Hola, eres Naira, ¿verdad?

Esa voz me sacó de mi ensimismamiento y, al volverme, vi que quien hablaba era Pablo, el de los ojos rasgados, que se había sentado a mi lado.

—Sí, y tú Pablo, ¿no?

—Sí, pero todos me llaman el Chino.

—¿El Chino?

—Por la forma de los ojos —sonrió.

—Me lo imaginaba. —Imité su gesto.

—Antes de que me lo preguntes, mi madre es filipina y mi padre español, y de ahí salió esta mezcla que tienes delante.

Me reí y me cayó bien; era gracioso y extrovertido, y sus rasgos le hacían resultar bastante atractivo.

—Pues yo de madre española y padre español; de ahí mis rasgos tan marcados —bromeé.

—Sí, sí, se ve a la legua que eres española —continuó con sorna—. ¿Fumas? —preguntó, mientras sacaba un paquete de tabaco del bolsillo trasero del pantalón.

—No —respondí con una sonrisa.

—Haces bien —dijo, sosteniendo el cigarro en la boca mientras buscaba el mechero.

—Yo sí —interrumpió Gael.

Pablo volvió a sacar el paquete y se lo lanzó, con tal puntería que le cayó justo en la mano. Gael sacó uno y esperó a que le pasara el mechero.

—Hugo, ¿se puede fumar aquí? —preguntó Pablo.

—Sin problema, tío —respondió el aludido mientras se incorporaba, sin dejar de mirar el fuego, que empezaba a crepitar.

Ambos se encendieron los cigarrillos y parecía que había pasado un ángel, porque nadie hablaba.

—Pues parece que los sillones son cómodos, ¿no? —rompí el hielo—. Vais a dormir bien aquí.

—Eso parece —dijo Pablo, palmeándolo.

Gael permanecía de pie a nuestro lado, pero sin formar parte de la conversación.

—A mí lo que me da miedo es pasar frío arriba; soy bastante friolera. Aquí estaréis calentitos junto a la chimenea —dije.

—Tú tranquila; si tienes frío, te hago un hueco en mi sillón y te caliento —respondió Pablo, guiñándome un ojo.

—¡Pablo!

—Dime, Hugo.

—Tranquilito, ¿eh?

Miré a Gael: lo estaba asesinando con la mirada.

—Vale, tío. Solo estaba dándole una solución a sus fríos nocturnos —respondió Pablo, exhalando el humo.

—No te preocupes por mí —respondí—. Hasta donde yo sé, las mantas quitan el frío de una manera cojonuda.

—Pillado.

—Y ahora, voy fuera a ver a mis amigas.

Me levanté sin mirar a Gael y, justo al pasar por su lado, dejó caer su mano sobre la mía; ese ligero roce me provocó escalofríos en todas las partes del cuerpo. Me sonrojé, estaba segura, pero no dejé que me lo notara y continué mi camino hacia la calle.



Fuimos con los coches hasta el pueblo para dar una vuelta. Hacía fresquito. Llevábamos un par de días bastantes fríos; se notaba que el invierno llegaba, y más en la sierra.

La verdad es que Hugo tenía razón en que el pueblo era un lugar que desprendía magia. Las calles estaban casi desiertas, pero solo por respirar el aire puro de la zona y disfrutar de ese silencio que tanto se agradecía había valido la pena venir. Bueno, y también por ver a Gael, que sí, que no vamos a ser hipócritas.

Entramos en un pequeño bar donde solo había dos hombres mayores tomándose un vino, y nada más vernos entrar, saludaron a Hugo.

—¿Qué pasa, chico?

—Buenas tardes, señores —respondió, acercándose a la barra.

—¿No han venido tus padres este fin de semana?

—No, me han dejado la casa a mí estos días —sonrió.

—¡Ay, zagal! ¡Mira qué chicas más guapas vienen contigo!

—¿Habéis visto? Las más bonitas.

—¿Qué os pongo? —dijo el camarero, que también conocía a Hugo.

—¿Cerveza para todos? —preguntó Pablo.

Todos asentimos y nos pusieron una ronda de botellines, acompañados de unas patatas bravas de aperitivo. Nos sentamos después de juntar dos mesas y, después de tres cervezas y una cuarta ronda a la que invitó el camarero, decidimos irnos a casa; ya había anochecido y empezaba a hacer cada vez más frío.

No tardamos nada en llegar. Sabíamos que después de haber bebido no deberíamos haber conducido, pero era un trayecto de apenas cinco minutos.

—Joder, qué frío —dije, frotándome las manos nada más entrar.

Me acerqué a la chimenea y me quedé allí sentada un ratito.

—Ha refrescado, ¿verdad? —dijo Gael, mientras se sentaba a mi lado y acercaba las palmas de las manos al fuego.

—Sí —respondí con una sonrisa.

—¿Qué tal la universidad?

—Bien, la verdad es que bastante contenta. ¿Y tú?

—Yo bien también. Después de la experiencia vivida en la otra carrera, cursar esta es como un sueño.

Ambos hablábamos sin mirarnos, tan solo observando nuestras manos mientras las movíamos para que se calentaran por todos los lados.

—Y te lo debo a ti —continuó.

—Qué va —medio sonreí—. Fuiste tú quien tuvo el valor de enfrentarse a tus padres.

—Sabes que no es verdad, pero te agradezco que quieras hacerme sentir responsable de mejorar mi vida —bromeó.

Esta vez sí nos miramos y sonreímos. En ese momento, me dio como un escalofrío que me sacudió todo el cuerpo.

—¿Tienes frío?

—Sí, no sé. Estoy destemplada.

Sin darme cuenta y en cuestión de milésimas de segundo, noté como me pasaba el brazo por detrás de la espalda y la frotaba suavemente.

—¿Mejor?

—Eh..., sí...

No me aparté, no quería hacerlo, pero tampoco quería que pensara que le había perdonado, así que decidí huir como una cobarde en busca de mis amigas.

—Voy a... —titubeé, señalando la cocina.

—Vale, tranquila.

Estaba clarísimo que había entendido la indirecta. Aunque me había quedado tocada, porque había sido una conversación en la que no me había sentido tensa, al revés; había estado supercómoda, tranquila y con ganas de haberme quedado más tiempo. Pero me entró el miedo y tuve que salir corriendo antes de que saltaran las alarmas de mi corazón para avisarme del peligro de volver a caer.

Me fui directamente a ver si necesitaban ayuda con la cena y, aunque me dijeron que no, allí me quedé; no me atrevía a volver a salir y cruzarme con esa mirada que hacía que me descompusiera poco a poco. Busqué unos manteles para poner en el comedor y, mientras lo hacía, mi móvil comenzó a sonar. Salí a por el bolso y, efectivamente, allí seguía Gael, esta vez con Samuel, avivando el fuego para que no se apagara. Cruzamos la mirada (para variar) y, una vez alcancé mi bolso, saqué el teléfono.

—¡Hola, mamá!

—¡Hola, hija! ¿Cómo vais?

—Bien, preparando unas pizzas y algo de picar para cenar.  
—¿Hace mucho frío?  
—Pues sí se nota que refresca por momentos.  
—Cogiste algo de abrigo, ¿verdad?  
—Sí, pero no sé por qué me da que me he quedado algo corta... Bueno, dime, ¿pasa algo?  
—Síííí —dijo risueña.  
—¿Sí? Por el tono serán buenas noticias, ¿no?  
—¡Sí, Nai!  
—¡Pues cuenta, que me va a dar algo!  
—¿Te acuerdas de Mateo, el exjefe de tu padre? El que trabajaba con él en la empresa que cerraron.  
—Sí, sí. ¡Me acuerdo! ¡Dime!  
—Pues ha conseguido arreglarlo todo para reabrir la empresa y ¡quiere que tu padre sea su mano derecha!  
—¿Cómo? ¿En serio?  
—Sí, hija... —Intuí que lloraba.  
—A ver, mamá, no llores; explícamelo.  
—Es que estoy tan contenta... Tu padre no es que estuviera mal en el trabajo que le conseguiste —en realidad, el que Mora le consiguió—, pero yo le veía un poco deprimido, y cuando Mateo le ha llamado ¡se ha vuelto loco! No solo va a volver a trabajar en lo que llevaba toda la vida, sino que en un puesto mucho mejor y ¡cobrando más!  
—Jo, mamá, ¡no sé qué decir! ¡Ahora la que está llorando soy yo! ¡Pásame con papá!

Hablé con ellos como cinco minutos más. Se les oía tan felices que no pude evitar que se me contagiara esa sensación. Tras colgar, me limpié las lágrimas con el brazo y volví a la cocina con los ojos un poco hinchados, pero con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Nena! ¿Todo bien? —Se acercó Noe—. ¿Has llorado?  
—Sí y sí, todo bien y he llorado.  
Noté la mirada de Gael puesta en mí, sin necesidad de verlo.  
—Mi padre vuelve a trabajar en su empresa de siempre.  
—¡No jodas! ¿Sí?  
—Sí —reí nerviosa, mientras otra lágrima me resbalaba por el rostro.  
—¡Pues eso hay que celebrarlo! ¡Chicos, un brindis por Naira!  
De la nada, me ofrecieron una lata de cerveza y los ocho brindamos por

algo que tenía pensado pedir a una estrella fugaz, pero ya no hacía falta.



La verdad es que cuando nos quisimos dar cuenta eran las tres de la mañana, pero lo estábamos pasando tan bien que no nos enteramos del paso del tiempo. Justo antes de cenar, había llegado Marco para completar el grupo que formaríamos ese fin de semana.

La velada había sido muy agradable; reconozco que me había reído un montón y me había sentido muy a gusto. Y aunque quisiera negármelo, parte de esa sensación se debía a que tenía a Gael frente a mí en la mesa. Me tomé unas cuantas cervecitas y disfruté de la sensación de que mi padre recuperara su empleo. No podía ser más perfecto y al repetir mentalmente esa frase me asusté, porque la última vez que la pronuncié, la cosa empeoró hasta el punto de no querer volver a enamorarme nunca más en la vida.

—Bueno, chicos y chicas —dijo Noe—, aquí dos que abandonan el barco.

—Yo creo que también —añadí.

—Pues te acompaño —dijo Cloe.

Según nos íbamos a levantar, Hugo se acercó a mi amiga, le susurró algo al oído y ella me dijo que la esperara en la habitación, que luego iría. Así que eso hice, me despedí de los que se quedaban abajo y subí a mi habitación.

Me senté en la cama y suspiré. Me sentía feliz, no podía evitarlo. Saber que mis padres estaban tan contentos, que mis amigas también lo estaban y que las cosas con Gael estaban siendo tan fluidas y tranquilas me hizo suspirar de felicidad.

Me levanté y me asomé a la ventana. Incluso sabiendo que hacía frío, la abrí de par en par para respirar el aire puro que inundaba la zona. Me abracé a mí misma. Las vistas eran más que espectaculares; había cero contaminación y eso hacía que las estrellas se vieran perfectamente. Mientras las miraba absorta en mis pensamientos, alguien llamó a la puerta suavemente con los nudillos.

—Adelante —dije sin ni siquiera volverme.

—¿Se puede?

Esta vez sí que me di la vuelta; la cabeza de Gael asomaba ligeramente por la puerta.

—Claro, pasa.

Se acercó hasta donde yo estaba y volví a mirar al horizonte, medio sonriendo.

—He venido a traerte el móvil. Te lo dejaste abajo.

—Ah, gracias; no me había dado cuenta.

Lo dejé sobre la cama y ambos nos quedamos en silencio, con la mirada puesta en aquel lienzo improvisado de luces y sombras.

—Es impresionante —musitó—. Hacía tiempo que no veía un paisaje así, tan en calma.

—Lo es, ¿verdad? —respondí en el mismo tono—. Podría acostumbrarme a vivir aquí y ver esto todas las noches.

—Te recuerdo que eres un poco friolera —bromeó.

—Para eso existen las mantas, los abrigo, las bufandas, los guantes...

—Para, para; me hago una idea —sonrió—. Nai.

—Dime.

—Me alegro mucho de lo de tu padre.

—Gracias. La verdad es que le ha dado la vida. Cuando me lo contaba mi madre no paraba de llorar de alegría. Y mi padre estaba pletórico. ¿Qué tal con el tuyo?

Tras lanzar esa pregunta lo miré, y fue la segunda vez que lo hice desde que entró en la habitación. Suspiró mirando al suelo.

—Si te dijera que bien te mentiría. Las cosas han ido a peor desde que dejé la tienda.

Mierda, tenía que haber cerrado la boca; entrábamos en un tema un poco complicado, por decirlo de alguna manera.

—Ya, bueno, yo...

—Nai, no digas nada. La cerré porque quise y porque no era el momento de estar allí.

—Sí, pero en el fondo me siento algo responsable.

—¿Responsable? Fui yo quien la cagó, Nai. No quiero que digas que te sientes responsable de algo de lo que fui culpable al cien por cien.

—¿Sigues en el ático? —pregunté, para cambiar de tema.

—Sí, pero estoy buscándome algo para compartir con alguien. No creo que aguante mucho más los desplantes de mis padres y sus chantajes por estar viviendo en su casa.

—Bueno, seguro que pronto encuentras algo. ¿Tienes a alguien en mente para compartir?

—No en particular. Hugo me lo ha ofrecido, pero sé que él no pensaba en compartir piso; está muy bien solo.

—Seguro que estaría encantado de que vivierais juntos.

—No lo sé. Además, voy a volver a trabajar con él en algunos eventos; necesito el dinero. Ya me han dicho que la carrera me la tengo que costear yo, así que no me queda otra. Y me parecería mucho abusar ya de él.

—Joder, pues sí que te lo están poniendo fácil tus padres.

—Como ellos dicen, he pasado de ser el hijo perfecto a ser la comidilla del club de golf. Tendré que acostumbrarme.

—Si necesitas algo, yo...

Me miró, y lo hizo con una intensidad imposible de medir. Tragué saliva y le sostuve la mirada.

—Gracias, Naira.

—¿Por qué?

—Por todo. Por ser como eres, por seguir a mi lado ofreciéndome tu ayuda a pesar de...

—Gael —le interrumpí—, déjalo. No quiero hablar de ello.

—Está bien. Lo siento —respondió, masajeándose la sien.

—Creo que me voy a ir a dormir ya.

—Vale —suspiró, alzando la cabeza.

Cuando me di la vuelta para ir a coger mi maleta, me tomó la mano y me detuvo. Cerré los ojos para intentar controlar la emoción que había sentido al notar el tacto de su piel con la mía. Primero me cogió de un dedo para, poco a poco, asir toda la mano, quietos, en silencio, y yo, personalmente, muerta de miedo. Se acercó hasta ponerse detrás de mí, su pecho casi pegado a mi espalda, mientras nuestras manos continuaban unidas.

—Gael —susurré con un hilo de voz.

—Espera, no te vayas —musitó en mi oído—. Solo quiero darte las gracias por haber venido. Sé que no era fácil para ti, sé que lo hiciste por tus amigas, supongo que especialmente por Cloe, pero quería que supieras que yo me moría por verte y tenerte tan cerca como te tengo ahora. Le dije a Hugo que si te ibas a sentir incómoda no vendría, pero, por lo visto, lo consultó y me animó a venir. —Jodidas amigas, se iban a enterar.

Con la otra mano me cogió suavemente por la cintura y empezó a girarme con delicadeza. No, por favor, no quería encontrarme con esos ojos y morir en el momento, porque no creía que pudiera soportarlo. Ya me estaba costando hacerlo en la distancia, así que estaba segura de que cerca sería muchísimo

peor.

Una vez estuvimos frente a frente, miré hacia abajo, pero no podía evitar lo inevitable y no mirarle eternamente. Posó el dedo índice en mi barbilla y lo alzó despacio hasta que mi mirada irremediabilmente se cruzó con la suya. Joder, ¡esto no me podía estar pasando! ¡Que era humana, coño! Nuestras manos seguían unidas y yo, al borde de una parada cardíaca.

Su cara empezó a acercarse peligrosamente a la mía y yo ya no sabía si dejarme llevar o salir corriendo de allí, y nunca lo sabré porque, en ese momento, alguien abrió la puerta sin llamar y ambos nos sobresaltamos y nos separamos como si de repente nos repeliéramos.

—¡Joder! ¡Lo siento! —dijo Cloe, tapándose los ojos y saliendo de la habitación a toda prisa.

Gael se puso las manos en la nuca y yo corrí literalmente al otro lado de la habitación para abrir la maleta.

—Bueno, me marcho —dijo Gael, nervioso.

—Sí, será lo mejor —respondí, atacada—. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Nai.

Y según cerró la puerta, me dejé caer en la cama y me tapé la cara con las manos. ¿Qué coño acababa de pasar?



Al día siguiente, madrugamos relativamente. A las diez estábamos todos levantados porque Hugo había preparado una pequeña ruta a pie por la zona. Cuando desperté, Cloe dormía a mi lado. No me enteré de cuándo llegó y no pude hablar con ella de nada de lo que vio.

Había soñado con Gael. Él entraba en la habitación, me besaba apasionadamente y acabábamos haciendo el amor en mitad del monte. Sí, me besaba en el cuarto y aparecíamos de repente en la montaña; es que en eso consisten los sueños, en que te puedas teletransportar sin inmutarte.

Desperté a Cloe y, antes de que pudiera reaccionar, me fui a la ducha. Sabía que en cuanto volviera me estaría esperando ansiosa para que le contara, pero antes me pediría perdón. Según entré en la habitación, allí estaba ella, sentada a los pies de la cama y con cara de sueño.

—Lo siento, lo siento —dijo, después de levantarse y abrazarme.

Cómo la conocía. Ahora venía la batería de preguntas.

—Bueno, y ¿qué pasó? ¿Cómo fue? ¿Por qué? ¿Pasó algo cuando me fui? Si es que era como si la hubiera parido.

—A ver, tranquila, no tienes que pedirme perdón. Casi que te lo tengo que agradecer porque si no llegas a entrar, no sé qué hubiera pasado.

—No seas exagerada. Os habríais besado y creo que te habría gustado más de lo que quieres aparentar.

Me la quedé mirando mientras me ponía la sudadera negra con capucha y ella, con gesto de orgullo, sonrió.

—¿O me equivoco?

—¡Ay, pues no lo sé! Si es que ni yo misma me entiendo, joder.

—Déjate llevar, Nai. No lo pienses tanto.

Me di la vuelta para mirarla y esta vez fui yo la que sonrió de manera canalla. Me acerqué hasta donde estaba sentada y me acomodé a su lado.

—Un momento... ¿Tú eres la que me está diciendo a mí que me deje llevar? ¿La que hace un par de días estaba como loca por no escuchar a su corazón?

—La misma, Nai. Tenéis razón cuando me decís que la vida solo se vive una vez y que no podemos pasarnos la mitad de ella pensando en si sí o si no.

Anoche estuve en la habitación de Hugo y hablamos durante mucho rato, y no te imaginas lo bien que me sentí. Charlamos de todo un poco y también de lo que sentíamos el uno por el otro, de cómo queríamos llevar esto que estaba surgiendo, y te aseguro, Nai, que lo único que tengo claro ahora mismo es que quiero conocerlo más y tenerlo a mi lado.

—Joder, Cloe, no te imaginas cuánto me alegro.

Y nos fundimos en un abrazo al que se unió Noe cuando entró en la habitación y nos vio en esa situación.

—No sé por qué os abrazáis, pero me uno y ya, si eso, me lo contáis luego —dijo.

Después de nuestra muestra de cariño, le contamos a Noe el motivo y, justo cuando estábamos terminando de hacerlo, alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante! —dijimos las tres a la vez, lo que nos provocó una carcajada.

Hugo abrió con cierta cautela y, dedicando a Cloe una sonrisa que derretiría hasta el Polo Norte, nos dijo que ya estaba preparado el desayuno.

—Ya bajamos —respondió ella, nadando entre confetis.

Según descendía por las escaleras, la vista se me fue a un chico que también llevaba una sudadera negra muy parecida a la mía y un pantalón de chándal del mismo color; adivináis quién, ¿verdad? Me entraron tales cosquillitas en el estómago al verlo, después de lo que había sucedido la noche anterior, que metí las manos en los bolsillos para que no se notara mi nerviosismo. Se estaba bebiendo una taza de café cuando nos oyó bajar y se volvió mientras daba un último trago a la bebida; me sostuvo la mirada. Cogió una servilleta, se limpió la boca (quién hubiera sido ella en ese momento) y, tras dejarla, se acercó a mí con decisión.

—Buenos días —me susurró al oído, para después darme un beso en la mejilla, que duró más de lo habitual.

—Buenos días —respondí con un hilo de voz.

—¡Hugo! Voy a por más leña, ¿no? —preguntó, mirando a su amigo, pero aún a mi lado.

—Sí, por favor, tío.

Me miró, sonrió y salió. Creo que se me cayeron las bragas hasta los tobillos de la emoción y no fui capaz de recogerlas de lo paralizada que estaba. ¿A qué había venido eso? Joder, así iba a ser muy difícil poner distancia entre los dos; me lo estaba poniendo complicado, pero yo tampoco quería alejarme.

Me tome un café con una tostada y, cuando tuvimos todo preparado, salimos a caminar. Hacía frío; tenía razón el señor del tiempo cuando dijo que las temperaturas bajarían unos cuantos grados durante el fin de semana.

Paseamos por paisajes increíbles, comimos unos bocadillos sobre unas piedras, nos reímos jugando a hacer ranas en un pantano, escalamos, Samuel se pegó una hostia bastante considerable por hacer el capullo en un árbol... y así toda la mañana. Gael y yo casi no cruzamos palabra, pero no hizo falta, porque nuestras miradas coincidieron tantas veces que hasta daba miedo. Miedo a buscarnos tanto que al final nos encontráramos y no pudiéramos dar marcha atrás.



Cuando llegamos a la casa ya eran casi las seis de la tarde; estaba agotada, tenía que reconocerlo. Habíamos caminado muchísimo, pero no me arrepentí de haber conocido unos lugares tan bonitos y con tanto encanto.

Hugo y Cloe ya no escondían lo evidente y se daban la mano con naturalidad y algún que otro beso con cierta timidez. Y se la veía tan feliz que era inevitable no sonreír después de lo que había pasado y lo que estaba luchando por vencer la batalla.

Algunos nos instalamos cerca de la chimenea, yo entre ellos. Estaba muerta de frío después de todo el día al aire libre. Pablo se sentó a mi lado y me tendió su chaqueta.

—Toma, estás helada; póntela.

—No te preocupes; aquí junto al fuego me calentaré pronto.

—Anda, no me hagas el feo —bromeó.

—Bueno, vale. Gracias.

Y encima de la sudadera, me puse una chaqueta roja bastante gruesa.

—Me queda un poco grande —me reí, mirando como las mangas me tapaban las manos.

—Estás guapísima —respondió—. ¿Te apetece que vayamos al cobertizo a por algo de leña? —me susurró al oído.

—Eh..., ¿ahora? —respondí, algo incómoda.

—Sí.

—Pues... es que...

Miré al frente para buscar ayuda urgentemente y no ser descortés con Pablo, pero lo que me encontré fue la dura mirada de Gael hacia Pablo, que sonreía con un punto de soberbia.

—¡Naira! ¿Puedes venir a la cocina? —gritó Hugo desde allí.

¡Toma! Mi excusa para salir corriendo de allí.

—¡Sí, voy! —Me quité la sudadera y se la devolví con educación—. Gracias, pero es que ya se me está quitando el frío.

Entré en la cocina y allí estaba Hugo, apoyado en la isla, con una sonrisa malvada.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—De que como no medie entre ellos, acabarán a hostias. Y no quiero que me destrocen la casa.

—¡Venga ya! No digas tonterías.

—Naira, sé que no eres ciega y para nada te considero tonta. Pablo no te está tirando los tejos, sino el tejado entero. Y Gael está a punto de levantarse y partirle la cara —bromeó.

—Oye, que sé defenderme yo solita.

—Sí, si no te lo niego; sé que lo haces. Pero de quien no me fío es de Gael, y eso que es mi mejor amigo.

—Entre él y yo ya no hay nada, Hugo —respondí, mirándome los dedos mientras jugueteaba nerviosa con ellos.

—Será de palabra, porque tal y como os miráis algo sentís ahí dentro. — Señaló mi corazón.

Lo miré y medio sonreí. Tenía tanta razón que no quería reconocerlo.

—Bueno, y tú con Cloe, bien, ¿no? —pregunté, dándole un golpecito con el hombro.

—Joder, demasiado bien, Nai.

—Se te ilumina la cara con solo hablar de ella.

—No me extraña; es que ella es pura luz, Nai.

—Ayyyyy, no estarás diciéndome que estás enamorado, ¿no?

—No sé si enamorado o no, pero estoy loco por ella. Y no pienso dejar que se vaya de mi lado.

—Me dais una envidia...

—Nai, mírame. Aunque te lo niegues a ti misma, tú ya lo tienes. Con esto no quiero ni mucho menos obligarte a sentir ni a hacer nada que no quieras, pero él te va a esperar, el tiempo que sea necesario. O, al menos, eso me ha dicho.

Suspiré y le di un gran abrazo.

—Gracias por todo, Hugo. Quién nos iba a decir que un encontronazo el día de nuestra selectividad acabaría así.

—¡Ya te digo! —Soltó una carcajada—. Bueno, vamos fuera, que no quiero que Gael también venga a por mí.

—Eres gilipollas —me reí.

Pasamos el resto de la tarde en el salón jugando a las películas, bebiendo cerveza y comiendo patatas fritas. Ver a Noe intentando explicar con mímica la película *Buscando a Nemo* hizo que casi me meara literalmente de la risa. Hinchaba los carrillos de tal modo que casi le iban a explotar y al final, como

nadie lo adivinaba y estábamos todos descojonados, nos mandó a tomar por culo, con la gracia que la caracterizaba, y nos dijo que iba a imitar a Nemo su puta madre. Pero lo hizo con tanto desparpajo que aún nos reímos más.

Íbamos algo tocados, había que reconocerlo, pero estaba siendo tan divertido que no sentía que estuviera borracha. Digamos que íbamos todos con el puntillo.

Subí a la habitación a por el móvil. Lo había dejado cargando y quería ver si me habían llamado mis padres. Salía del cuarto mientras miraba la pantalla cuando vi que Gael se dirigía a su habitación.

—¿También a por el móvil? —reí.

—Sí. ¿Me acompañas? —bromeó.

—Venga, vale; no vaya a ser que te pierdas.

Jodidas cervezas, ¡cómo me hacían desinhibirme!

—Shhh... Espera, espera —dije bajito, cogiéndole de la mano y haciéndole parar mientras me miraba divertido—. Creo que Noe y Marco han subido a la habitación. No hagas ruido, a ver si les vamos a cortar el rollo.

Y a los dos nos entró la risa y nos tapamos la boca con la mano. Por lo visto, sí que iba un poco pedo, sí.

—Pasa a por el teléfono, yo te espero en la puerta —susurré.

—No, entra. A ver si va a venir el gilipollas de Pablo.

Alcé una ceja, sorprendida.

—¿Gilipollas por qué? —Me hice la interesante.

—Porque al final voy a tener que decirle un par de cosas —respondió mientras desenchufaba el móvil sin mirarme.

—Pero si no ha hecho nada —continué, haciéndome ahora la inocente.

¡Qué coño, inocente! Estaba coqueteando con él como la que más, y solo me faltaba ponerme una minifalda y dos coletas y hacerme llamar Lolita.

Gael se dio la vuelta, dejó el móvil sobre la mesilla y se acercó despacio hacia mí, humedeciéndose los labios; yo tenía el corazón a punto de salirse por la boca. Me quedé quieta, esperándole; la respiración se me aceleró en décimas de segundo, y cuando se paró ante mí, me miró con fiereza.

Me mordí el labio inferior y le sostuve la mirada; negó con la cabeza, sonrió y se lanzó a mi boca con desesperación hasta que empezó a devorarla. Me dejé hacer mientras Gael me ponía las manos en las mejillas y me sostenía el rostro, al tiempo que me introducía la lengua hasta el fondo. Joder, qué bien me sentí. Le agarré por la nuca y metí los dedos entre su pelo para acercar más sus labios a los míos, como si eso fuera posible.

Nuestras manos no descendieron más, pero el ambiente estaba lo suficientemente cargado como para que ese beso fuera mortal.

—¡Chicos!, ¡vamos a cenar! —oímos desde abajo.

Y eso me hizo volver a la realidad y darme cuenta de que eso no podía pasar; era un error volver a caer en algo que terminó tan mal.

Me di la vuelta y salí de la habitación sin decir nada. Cualquier palabra que hubiera podido pronunciar en ese momento hubiera sido para quedarme, así que decidí cerrar la boca y escapar.

No quería volverme y mirarle de nuevo a la cara cuando aún sentía los labios hinchados y palpitantes tras ese tremendo beso, que me había hecho tener todavía más claro por qué no le olvidaba. Le quería, era inevitable, y yo era una persona, no un robot sin sentimientos, por lo que aguantar impávida tanto tiempo era imposible.



Gael tardó más que yo en bajar a cenar, e incluso llegué a pensar que no lo haría. Se estaba demorando demasiado y eso no era buena señal. Pero al final bajó, y lo hizo serio, aunque me miró fijamente. Yo aparté la mirada, por vergüenza, supongo.

Se sentó en el mismo sitio que la noche anterior, justo enfrente de mí, pero esta vez no había risas ni miradas furtivas cargadas de intenciones. Ahora la cosa había dado un giro de ciento ochenta grados y yo, personalmente, no sabía cómo gestionarlo sin que alguno de los dos saliera herido.

Mis amigas, mis unicornias, que de tontas no tenían un pelo, me miraban extrañadas. Mi actitud había cambiado radicalmente desde que había subido a la habitación a por el teléfono. Así que Noe me dijo que se quería fumar un cigarro fuera y Cloe se apuntó con toda la naturalidad del mundo. Una vez en el exterior, y con un frío helador, comenzó el interrogatorio.

—Venga, nena, cuenta.

—¿Que cuente el qué?

—Sabes perfectamente el qué —respondió Cloe.

—Nos hemos besado en su habitación —solté sin anestesia.

Las dos se miraron sorprendidas, pero ninguna decía nada.

—¡Joder, decid algo antes de que me dé un ataque de ansiedad!

—Pues... —arrancó Noe— que está bien, ¿no?

—¡No! —respondí.

—¡Cómo que no! —interrumpió Cloe—. ¡Pero tú y yo qué habíamos hablado esta mañana! Que te dejaras llevar e hicieras lo que el corazón te pidiera. Y eso es exactamente lo que has hecho, ¿a que sí?

La miré sorprendida. Cloe solía ser menos directa y sus comentarios tenían siempre su punto de empatía y condescendencia con el otro, pero esa vez había sido diferente, hasta podría decir que había notado una pizca de enfado en sus palabras.

—Joder, ¿qué ha hecho Hugo contigo? —bromeó Noe.

—¡No, escuchadme! —continuó—. Estoy cansada de que me digan lo que está bien y lo que está mal, que nos pasemos la puñetera vida autoevaluándonos y fustigándonos si algo no sale como queremos. ¡Ya está

bien! Desde que me desmayé y me ingresaron en el hospital, me di cuenta de que la vida eran dos putos días y que casi me la cargo a la primera de cambio por hacer el gilipollas. No voy a consentir, Nai, que te atormentes por un jodido beso que te morías por darle, ¿entendido? ¡Disfrútalo, disfrutémoslo! Y nunca dejemos de pensar que nosotras, las incomprendidas unicornias, tenemos derecho a ser felices como todo el mundo. Así que, vamos a entrar, a dejar de lamentarnos y a disfrutar de la lluvia de estrellas de esta noche en este paisaje único.

Noe y yo nos miramos estupefactas, sin decir una sola palabra porque no nos salía, después de la bofetada emocional que nos había dado Cloe, quien en teoría era la más débil y a la que *debíamos* proteger. Pues ahí estaba, dándonos lecciones de vida, con dos cojones.

—¿No vais a decir nada? —añadió, mirándonos.

—Que gracias —exclamé—, que me hacía falta esta bronca para espabilar ya y dejar de llorar por las esquinas.

—¡Y que ole tus huevos! —se rio Noe—. ¿Algo más que añadir, *señor*? —dijo, mientras se cuadraba como un militar.

—Que tiréis para dentro, que al final pilláis las dos —se rio Cloe, sujetando la puerta para que pasáramos.

Cuando entramos, nos sentamos en nuestros sitios y crucé mi mirada con la de Gael. Parecía como si quisiera pedirme perdón por lo de antes. Le mantuve la mirada hasta que se me escapó sin permiso una tímida sonrisa, que hizo que él se relajara y también sonriera.

No era mucho, pero algo era algo, ¿no? No quería dar a entender que todo estaba perdonado, pero sí quitarle un poco de hierro a la situación. Cloe tenía toda la razón del mundo y yo debía seguir sus sabios consejos para no caer en una desidia absoluta después de ese beso.

Por votación popular, terminamos poniendo música en un equipo que estaba junto a la televisión y nos echamos unas risas entre todos mientras bailábamos. Habíamos pensado en salir sobre las doce y media y sentarnos a mirar la lluvia de estrellas, a ver si con un poquito de suerte se podía ver pasar alguna.

Gael y yo, después de nuestra cómplice sonrisa, nos sentíamos menos tensos y eso era un alivio, la verdad, porque no hubiera soportado no poder mirarle a la cara en lo que quedaba de viaje. Incluso llegamos a bailar juntos la canción de CNCO *Para enamorarte*, pero separados; una lenta ya habría sido demasiado y tampoco íbamos a forzar nada.

Pablo me buscaba también de vez en cuando para bailar, pero Gael aparecía de la nada para ponerse siempre por delante y a mí, la verdad, esa situación me hacía gracia. Una de las veces leí en los labios de Gael un «al final pilla» y me reí de buena gana.

Como a las doce y media nos subimos a las habitaciones a abrigarnos bien y salimos a ver las estrellas.

—¿No os parece un plan superromántico? —cuchicheó Noe.

—Pero ¿desde cuándo eres tú romántica? —bromeé.

—¡Anda, dejadme en paz! —se quejó entre risas—. Me voy a achuchar a mi chico antes de que Pablo se lo intente ligar.

—Serás cabrona —me reí, dándole una palmada en el culo.

—Sí, pero me quieres mucho. —Me sacó la lengua.

Hugo nos había dicho que había un lugar donde creía que se verían bien las estrellas porque no había mucha luminosidad —solo la luz de la luna— y la oscuridad nos ayudaría a verlas. Además, los contados árboles que había también nos protegerían un poco del frío. Así que allí que fuimos, ilusionados por ver llover estrellas.



Caminamos no más de diez minutos y llegamos a una arboleda no muy poblada, donde nos sentamos en el suelo, formando un semicírculo, dispuestos a observar. Noe se sentó a mi izquierda y Gael, que me guiñó un ojo, lo hizo junto a Hugo.

La noche era fría y no sé por qué me daba a mí que iba a terminar helada. Al fin y al cabo, solo llevaba una camiseta de manga corta con la sudadera encima.

Mis amigas iban un poco más abrigadas, con una cazadora vaquera más que yo, pero bueno, era lo que había. Si empezaba a congelarme, me iría a casa y ya vería las estrellas desde la ventana, aunque no fuera lo mismo.

No habían pasado ni quince minutos cuando Noe vio la primera estrella pasar fugazmente de un lado a otro, y fue tan veloz que ninguno más la vio.

—¡Mirad! ¿La habéis visto? —dijo emocionada, señalando al cielo.

—No —respondí.

—Yo tampoco, cariño —dijo Marco—. Pero ¿te ha dado tiempo a pedir un deseo?

—Noooo, pero voy a estar preparada para la siguiente. No voy a quitar la vista del cielo.

Marco la abrazó y le dio un beso en la sien, que Noe recibió con una sonrisa. Se arrimó más al cuerpo de su chico y se acurrucó. Qué envidia sentí al verlos. Rubén quería ofrecerme eso, pero yo no podía forzarme a sentir algo que no sentía.

Las estrellas tardaban en caer y empezamos a hacer bromas sobre ello, hasta que desembocó en una conversación surrealista sobre si existían los extraterrestres y nos estaban puteando desde la nave para impedir que llovieran estrellas.

Poco a poco, comenzamos a verlas pasar. La primera me impresionó muchísimo. No sabía si era la compañía, el paisaje o el cielo, pero me sentía feliz y relajada. La noticia del trabajo de mi padre había influido mucho en mi estado de ánimo y tenía que reconocer que el beso con Gael, también. Por no decir la bronca que me había echado Cloe.

Noe se levantó para fumarse un cigarro y Marco fue tras ella, supongo

que buscando un poco más de intimidad detrás de algún árbol. Yo me quedé allí mirando al cielo, con una sonrisa tatuada en el rostro, mientras esperaba ver pasar alguna estrella.

Efectivamente, empezaba a tener frío. Me puse la capucha y flexioné las rodillas hasta abrazarlas. Vi que Gael se levantaba de su sitio y se acercaba a mí mientras se quitaba su chaqueta de lana gris.

—Toma, pónstela —dijo mientras me la tendía y se sentaba a mi lado.

—No, Gael, no tengo frío.

—Sí, claro, por eso tu naricita empieza a coger el color de la de Rudolf, el reno —bromeó.

Me toqué la nariz por instinto y se empezó a reír.

—Es broma, tu nariz tiene un color perfecto. Pero se nota que tienes frío.

—¿Ah sí? ¿Y en qué, si se puede saber? —vacilé.

—En que te abrazas a ti misma, por ejemplo.

—¿En qué más?

—En que llevas puesta la capucha.

—¿Algo más?

—Sí, y en que cuando tienes frío siempre entrecierras un poco más los ojos y se te crea aquí una pequeña arruguita muy graciosa —susurró, acariciando la zona.

Joder, era verdad. Siempre, desde pequeñita, cuando tenía frío achinaba los ojos, no sé si para protegerme o qué, pero no me había dado cuenta de que era algo en lo que Gael se había fijado.

—Vaya... —respondí cortada.

—Así que, como ya te he demostrado que sé perfectamente que estás helada, venga, ponte mi chaqueta.

Le miré pensando que esto no tenía remedio, ni ponerme su chaqueta ni olvidarme de él. Estaba enamorada hasta las trancas. Solo el tenerlo tan cerca me hacía sentir pletórica. Esto no iba a ser fácil, pero, como bien me había dicho mi amiga Cloe y en otras ocasiones Noe, tenía que dejarme llevar, aunque sin perder nunca la perspectiva. Tampoco podía tirarme a la piscina sin estar segura de que hubiera agua, pero, en este caso, sabía que estaba a rebosar.

Cogí la chaqueta y me ayudó a ponérmela. Olía a él y ese aroma me transportó a una y mil situaciones que habíamos vivido juntos, pero sobre todo al día que perdí mi virginidad con él. Le miraba las manos de soslayo y retenía la respiración al sentir que un día me recorrieron el cuerpo y el alma,

me acariciaron el corazón y se lo llevaron para siempre, por mucho que yo intentara negarlo.

La mirada se me humedeció al evocar esos recuerdos y, observando de nuevo el cielo, una lágrima me resbaló por el rostro sin darme cuenta.

—Ey, Nai, ¿estás bien? —me murmuró Gael al oído mientras la retiraba con el dedo.

Me sobresalté porque no pensaba que él me estuviera observando, pero me equivoqué.

—Sí, sí, es el frío nada más —me excusé.

No le miré cuando respondí porque, de lo contrario, me derrumbaría y no me lo podía permitir. Debía aguantar el tipo y demostrarme a mí misma que era una chica fuerte que no se dejaría llevar por unos recuerdos.

—Vaya, ¿ahora sí que tienes frío? —ironizó—. Nai, mírame.

Suspire y terminé girando el rostro hasta encontrarme con sus ojos.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—No es verdad, y lo sabes.

—No me apetece hablar ahora.

—¿Es por tus padres?

—No.

—¿Te ha ocurrido algo con tus amigas?

—Que va.

—Es... ¿es por mí?

Tocada y hundida. A ver qué decía yo ahora, cuando el corazón estaba a punto de parármese y la boca la tenía totalmente seca. «Joder, Gael, como sigas mirándome así no respondo de mis actos.»

Tenía que responder algo; no podía quedarme callada y dar a entender que efectivamente él era la causa de mi reacción.

—No, no es por ti.

Y volví a mirar al cielo en busca de una estrella a la que pedir un deseo.



Al final, tras un largo y necesitado silencio entre ambos, empezamos a ver lo que tanto estábamos esperando: ¡la lluvia de estrellas!

—¡Mira! —señalé.

—¡Joder! —dijo Noe—. ¡Qué fuerte!

Todos estábamos flipando. Empezaron a verse cada vez más estrellas cruzando el cielo y yo no me acordaba ni de que tenía que pedir deseos.

—¡Qué bonito! —dijo Cloe, acurrucada junto a Hugo.

—Es impresionante —susurró Gael a mi lado—. En la vida había visto algo así.

No podía ni cerrar la boca de la impresión que me daba ver semejante espectáculo, mientras un montón de ráfagas iban de un lado a otro a una velocidad indescriptible.

—No se os olvide pedir un deseo —dijo Hugo.

Y, en ese momento, se me vino uno a la cabeza, que lancé mentalmente hasta una de las estrellas que campaban a sus anchas por el cielo. No sabía si se cumpliría o no, pero lo que estaba claro era que esa noche no se me iba a olvidar jamás.

Fueron como cinco minutos de una explosión estelar que nos dejó a todos impresionados e impregnó el ambiente de magia.

Después, decidimos irnos a casa, porque ya no era yo la única que tenía frío, y aunque insistí en darle su chaqueta a Gael, no me dejó quitármela hasta que llegamos.

—Ahora eres tú el que tiene la nariz roja de frío —dije mientras se la devolvía.

—Ha valido la pena. ¿Estás mejor?

—Sí, no era nada.

—El frío, ¿verdad?

—Sí, el frío.

Asintió como diciendo «No te creo, pero disimulemos que lo hago» y, tras devolverle su chaqueta, me marché a la cocina a por un vaso de agua. Nadie se quedó levantado; el día había sido intenso después de la caminata, de estar en casa jugando, del beso que me había dado Gael y de que, joder, ya era

de madrugada. Así que cada uno se fue a su habitación menos Cloe, que se metió en la de Hugo y me dijo que no la esperara despierta, que probablemente pasaría la noche con él.

Así que, después de dar las buenas noches a todo el mundo, me metí en mi habitación, cerré la puerta, me puse el pijama y me tumbé en la cama con la intención de dormir. Pero, tras un rato mirando al techo y tapada hasta la barbilla, era incapaz de conciliar el sueño, porque estaba nerviosa. No sabía si era el influjo de las estrellas fugaces que me habían dejado cegada o era Gael quien me provocaba ese insomnio.

Así que al final me levanté, me puse las zapatillas y bajé al salón despacio para no despertar a Pablo y a Samuel, que dormían plácidamente en los sillones. Atravesé la sala sin hacer ruido y llegué hasta la cocina, que estaba a oscuras.

—Joder, qué susto —dije, poniéndome la mano en el pecho.

Gael estaba sentado en una de las encimeras junto a la ventana, fumándose un cigarro.

—¿Tan feo soy? —bromeó.

—No me esperaba a nadie levantado, y menos a oscuras.

Encendí la luz de la campana extractora para no despertar a nadie. Era la iluminación justa para poder vernos y continuar con ese ambiente tan íntimo.

—Por lo que veo, no soy el único que no puede dormir.

—No, llevo un rato dando vueltas y he decidido bajar a tomar un vaso de leche calentita.

—¿Aún tienes frío?

—No, pero tampoco tengo calor. De hecho, me tapo hasta arriba. ¿Tú no?

—La verdad es que no; soy bastante caluroso.

—Ya lo veo, ya.

Llevaba un pijama de pantalón largo de tela y una camiseta de manga larga que, por el aspecto, era bastante fina.

—A ti solo te falta la bufanda —se rio.

—¿Qué dices! Llevo un pijama gordito, nada más.

—¿Gordito? Pero si es más grueso que mi colchón.

—Tú eres tonto, ¿no? —me reí, al tiempo que sacaba la leche de la nevera.

Me la serví en un vaso mientras Gael apagaba el cigarro bajo el grifo y lo depositaba en un cenicero.

—Trae. —Y me cogió el vaso para meterlo en el microondas, que

quedaba justo detrás de él—. ¿Muy caliente?

—Templada.

—Vale. Es que estoy temiendo que te deshidrates ahí dentro. ¿Quieres más agua?

Estábamos tonteando, era más que evidente, pero me encantaba volver a mantener una conversación divertida con él, sin llantos ni reproches, ni tampoco cargada de intenciones. Eran solo palabras, bromas y un ambiente distendido.

—Tú preocúpate por no cogerte una pulmonía —dije.

—Lo pasarías mal viviendo, por ejemplo, en... Canadá.

—Por eso no vivo allí.

—Pues tiene que ser muy bonito. Con esas montañas repletas de nieve, meter el pie en ella hasta que te llegue a las rodillas, peleas de bolas... ¿No te apetecería conocerlo?

—Tal y como me lo vendes, suena hasta bonito.

—Pues no hay más que hablar; algún día iremos.

—Claro —asentí—, mañana.

—Uy, mañana me viene un poco mal. Y a ti no te daría tiempo a comprarte un montón de abrigos.

—Es verdad. Entonces, dejémoslo para pasado.

Se rio y sacó el vaso de leche del microondas mientras yo me sentaba en la encimera. Se acercó y me lo tendió.

—Gracias.

Ufff, empezaba a notar unos calores que, claro, con semejante manta que llevaba por pijama no dejaba transpirar mucho. Cuando fui a cogerlo no retiró su mano. Nos miramos con intensidad y las alarmas empezaron a sonar, advirtiéndome del peligro de tenerlo tan cerca. La situación se estaba poniendo tensa.

—¿Está bien así o te lo caliente más? —susurró.

—Así está bien, gracias —respondí con un hilo de voz.

No sé por qué me daba que aquí había más cosas calientes, aparte de la leche, y la primera era yo.



No me podía creer que estuviéramos en esa situación después de lo que habíamos pasado. Él frente a mí, de pie, contemplándome con tal fuerza que me impedía retirar la mirada, y yo sobre la encimera, temblando como un flan, pero esta vez no por el frío.

Gael se hizo con el vaso y, con lentitud, lo dejó sobre la mesa sin apartarse apenas de mí. Yo le dejé hacer, a la espera de ver lo que sucedía y porque estaba muerta de miedo al verme de nuevo tan cerca de él y de sus pensamientos. Dio un paso hacia mí y yo, por pura inercia, abrí un poco las piernas para que pudiera acercarse lo más posible.

Colocó una mano en mi rodilla y yo no se lo impedí. Después me retiró un mechón de pelo y lo colocó detrás de la oreja con mucha sensualidad. Cerré los ojos e incliné un poco la cabeza para apoyarla ligeramente en su mano y sentir que de nuevo Gael estaba ahí, conmigo y de manera tan íntima.

En ese instante estábamos solos, él y yo, y no solo físicamente, sino también mentalmente. Podría pasar un huracán y atravesarnos de un lado a otro; estaba segura de que ninguno de los dos nos moveríamos del sitio.

Abrí los ojos para comprobar que aquello era real y que efectivamente él y yo volvíamos a ser uno, aunque fuera solo en ese instante. Gael seguía observándome, como si estuviera esperando a que le diera permiso para besarme, y solo se me ocurrió hacerlo de una manera, de una forma que sabía que entendería perfectamente, y era mordéndome el labio inferior.

Así que, sin dejar de mirarle, pero cambiando mi expresión de indecisión por una de deseo, me pasé la lengua por el labio inferior para luego mordérmelo con erotismo. Entendió la señal a la primera, porque volvió a cogerme la cara como lo había hecho por la tarde para besarme, pero, a diferencia del otro beso, este no era desesperado, sino que fue dulce, calmado y pausado.

Me besaba y me miraba, mordisqueaba mi boca con lentitud, me acariciaba la espalda, la nuca, mientras yo me deleitaba.

—Nai —susurró.

—No digas nada —respondí mientras me besaba el cuello.

Y me hizo caso y dejó las palabras para otro momento. Si seguía

hablando, probablemente empezaría a funcionar mi parte racional y saldría corriendo de allí antes de llegar más lejos.

La situación se fue calentando cada vez más y pasamos de los besos suaves a otros más sensuales que recorrían todas las partes visibles de nuestra anatomía. Pero queríamos más y estaba claro que la cocina no sería un buen lugar para hacerlo, así que, en un momento de pasión, me agarré con las piernas a su cintura y, sin dejar de besarnos, me cogió por el culo y atravesamos (no sé muy bien cómo) el salón y subimos las escaleras hasta llegar a su habitación.

Allí me tumbó en la cama y me desabrochó la parte de arriba del pijama, dejando mi sujetador a la vista. Su respiración se aceleró aún más si cabía. Él se quitó la camisa y los pantalones, que dejó tirados en el suelo.

Se puso sobre mí y empezó a besarme los hombros, el escote y el pecho mientras yo recorría su espalda con los dedos. Se incorporó y me quitó los pantalones y, con una sonrisa lobuna, volvió a cogerme en brazos para meterme dentro de la cama.

No hubo más palabras; solo besos, gemidos, suspiros y una explosión de placer compartido.



Cuando desperté miré el móvil y eran las doce, la cama de Cloe estaba sin deshacer y la cabeza me daba vueltas. Después de hacer varias veces el amor con Gael, nos quedamos dormidos y aproveché una vez que me desvelé, que serían como las ocho, para irme a mi habitación.

No tendría que haber pasado nada. ¿A qué coño estábamos jugando? Tenía el estómago encogido por los nervios y el cuerpo entumecido por la tensión de no saber qué hacer. ¿Con qué cara le miraría? ¿Cómo reaccionaría cuando me cruzara con él?

Esto era de locos, no tendría que haberme dejado llevar, joder; toda la fuerza que había mostrado hasta el momento se había ido a la mierda. Estaba muy cabreada conmigo misma, porque no era eso lo que tenía pensado, no; lo que yo quería era intentar primero recobrar la confianza en él antes de plantearme nada. Además, cuando yo estuviera preparada (si es que algún día llegaba a estarlo), quizá él ya no querría volver a estar conmigo.

Estaba cogiendo las cosas para ir al baño y darme una ducha para desentumecerme un poco el cuerpo cuando, justo de frente, me encontré con Cloe, que iba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días —tarareó.

—Buenos días. Qué buena cara traes.

—Sí, ¿verdad? —sonrió—, pero de ti no puedo decir lo mismo. ¿Has dormido mal?

—No... o sí..., no lo sé. Me voy a la ducha y luego me cuentas con todo lujo de detalles, ¿vale?

—Perfecto. Voy a desayunar algo; te espero abajo.

—Vale.

Me metí en el baño y cerré con pestillo; no quería que nadie entrara y me pillara en pelotas. Hasta me alivió no encontrarme en el pasillo con Gael, pero no podía evitarle todo el día porque, según bajara, seguro que estaba allí. Antes, al pasar por delante de su puerta, que estaba pegada a la del baño, vi que estaba cerrada. Lo mismo no se había levantado aún.

Me di una ducha caliente, me vestí y me fui a la habitación a hacer la cama. Pero lo que no me esperaba era que Gael estuviera sentado en ella,

esperándome. Me quedé quieta en el quicio de la puerta sin saber muy bien cómo reaccionar, con la toalla mojada en las manos e intentando evitar que de mi boca salieran las palabras equivocadas.

—Hola —dijo, con los codos apoyados en las rodillas.

—Hola —respondí.

—Puedes pasar, no muerdo. Aunque empiezo a dudarlo, porque cada vez que duermes conmigo sales corriendo.

Su tono era serio, pero no enfadado; quizá decepcionado. Entré y sacudí la toalla para ponerla sobre el radiador y ganar algo de tiempo antes de responderle. Y lo peor era que no sabía qué decir. La verdad era que tenía razón en lo que decía, pero ¡es que estaba acojonada! ¿Tan difícil era de entender?

Cogí aire y lo exhalé con fuerza, con la intención de que todo el miedo que tenía dentro saliera fuera y se esfumara. Pero me había salido rana, porque él seguía estando muy dentro de mí.

—Gael..., yo...

—No, Naira —dijo con contundencia mientras se levantaba; se quedó frente a mí—. Sé que estarás pensando que ha sido un error, que no debería haber pasado y que a lo mejor, si sales de mi cama antes de que despierte, es como si hubiera sido menos real. Pues siento decirte que no, porque pasó, y lo disfrutamos y lo deseábamos los dos. Y me jode muchísimo que ahora te martirices por algo que, en teoría, debería haber sido placentero para nosotros. Porque para mí lo fue y estoy seguro de que para ti también. Y perdona por colarme en tu habitación y decirte todas estas cosas, pero o lo hacía o reventaba.

Yo le escuchaba atentamente mientras pensaba la manera de hacerle entender que no era cuestión de pasarlo bien o mal. Era miedo, era un terror incontrolable que me invadía el cuerpo; temía que volviera a hacerme daño, ahora que había conseguido de alguna manera no sufrir tanto al tenerlo cerca.

—No creo que ahora sea el momento de hablar, Gael —exclamé mientras me daba la vuelta para marcharme.

—Sí lo es, Naira. Si no, ¿cuándo crees que lo será? Porque me estoy volviendo loco al tenerte delante y no poder besarte hasta perder el conocimiento.

—No sigas...

—Naira, te quiero. No he dejado de quererte nunca. Sé que lo hice mal y soy consciente de ello; metí la pata hasta el fondo, pero este fin de semana he

vuelto a sentir esa química que teníamos al principio, Naira.

Joder, qué razón tenía.

—Dime que tú no lo has notado —continuó.

—No es solo eso, Gael —respondí nerviosa, poniéndome las manos en la cabeza—, es mucho más, muchísimo más que eso. No puedes venir ahora y decirme todas estas cosas como si nada, ¡no debes! Para mí no fue nada fácil *superar* lo que me hiciste, ¿sabes? ¿Que me lo pasé bien anoche? ¡Claro que sí! Si no, no me hubiera quedado, pero estoy acojonada de que me vuelvas a mentir como lo hiciste si me vuelvo a ilusionar contigo. Porque te juro que no lo soportaría una segunda vez.

Me miraba extrañado; no se esperaba que reaccionara de esa manera, estoy segura, y se quedó callado mientras me miraba. Nos mantuvimos así unos minutos.

—Así que, por favor, te pediría que habláramos de esto en otro momento.

Tragó saliva y me cogió de las manos.

—Vale, siento si te he presionado. Lo siento de verdad. Se me ocurre que lo mismo te apetece venirte en el coche conmigo y cenamos algo en mi casa...

—Gael... —respondí, torciendo el gesto.

—No, no, no me malinterpretes. —Alzó las manos y me soltó—. Solo quiero hablar en un lugar donde sepamos que no nos van a interrumpir, nada más.

—No lo sé..., luego te lo digo. Ahora tengo la cabeza que me va a explotar.

—Vale, vale.

—Voy abajo a comer algo, ¿vienes?

—Sí.

Y fuimos al salón, ante la atenta mirada de los demás, que nos observaban como si supieran qué era lo que había pasado aquella noche. Noe se me acercó y, con mucho disimulo, me llevó hasta la cocina, donde no había nadie. No le hicieron falta muchas preguntas para sonsacarme qué me pasaba y Cloe, que algo se olía, se acercó también.

Les expliqué lo sucedido y, después de un par de bromas en plan «así se te quitó rápido el frío, ¿eh?...» o «qué calladito te lo tenías», nos pusimos serias y les expliqué mis dudas acerca de si ir o no a su casa a cenar. Las dos me aconsejaron que debía cerrar ya ese capítulo y hablar los dos cara a cara y sin intromisiones.

Así que les hice caso y, aún con un miedo terrible, me acerqué a Gael

mientras fumaba en la puerta de casa y le dije:

—Vale.

Se volvió y, con una sonrisa callada, respondió:

—¿Vale?

—Que me vuelvo en el coche contigo y cenamos en tu casa.

—¿Sí? Genial. Gracias, Naira. Sé que no es fácil para ti, pero te prometo portarme bien.

—Ya... —sonreí tímida.



Me subí al coche y un montón de recuerdos inundaron mi mente. Uno de ellos fue cuando me pidió que abriera la guantera y ahí estaba el llavero de unicornio, que guardaba en mi habitación con tanto cariño.

Arrancó y, tras mirarme de soslayo, pisó el acelerador mientras cambiaba la marcha con un gesto que a mí me resultó muy sexi.

—¿Tienes frío?

—No —respondí.

—¿Calor?

—Tampoco —me reí—. Tranquilo, estoy bien.

—Vale, vale.

Se le notaba nervioso y me alegraba de alguna manera de que lo estuviera, porque así no era yo la única a la que le iba a dar un infarto al imaginar que teníamos una hora por delante solos. Pablo y Samuel se volverían con Hugo y Cloe en un coche, y Noe y Marco solos en el otro.

—Bueno y... ¿qué tal el amigo tuyo ese...? —Se rascó la nuca—. Perdona, no recuerdo su nombre.

—¿Quién?

—Ese chico que conocí en el hospital cuando lo de Cloe.

—¡Ah! Rubén.

—Sí, Rubén.

—Bien, ¿por?

—No, por saberlo.

Giré la cara hacia la ventanilla para esconder una sonrisa. Estaba claro que quería sonsacarme información sobre si estábamos juntos, pero no se lo iba a poner fácil.

—Y... ¿de qué le conoces?

—Coincidimos en el cumpleaños de Raúl, el ex de Cloe.

—Ya... Se le veía preocupado por ti.

—Lo estaba.

—¿Por... algo en particular?

—Nos llevábamos bien y nos cuidamos mutuamente; ¿no hacen eso los amigos?

—Lo hacen, lo hacen.

Me hubiera encantado grabarlo en vídeo para que viera después lo que se le notaba adónde quería llegar. Titubeaba, se tocaba el pelo... y, por suerte o por desgracia, algo le conocía ya. Cuando se ponía nervioso, perdía toda esa seguridad en sí mismo que tanto transmitía.

—Y... ¿os veis a menudo?

—A ver, Gael, ¿quieres preguntarme algo? —sonreí.

Me miró un segundo antes de volver a poner su mirada en la carretera y después negó con la cabeza.

—Se me ha notado mucho, ¿no?

—Un poco.

—Joder, es que se me da fatal esto de disimular.

—Ya me estoy dando cuenta. Y ¿qué quieres saber?

—¿Estáis juntos? —preguntó serio.

—¿Crees que si estuviera con él habría hecho lo que hice anoche contigo?

—Supongo que no.

—Pues supones bien.

—Perdona, es que..., a ver, intuía que no estarías saliendo con él precisamente por eso, pero quería estar seguro.

—Pero lo estuvimos.

Toma hostia.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido.

—Que estuvimos juntos —respondí, fijando la mirada hacia delante.

—Vaya..., eso sí que no me lo esperaba.

—Hay muchas cosas en la vida que no te esperas hasta que te explotan en la cara.

—Vale, lo he pillado.

Esa frase fue el punto de inflexión para que el resto del camino lo hiciéramos en silencio. Yo seguía sintiendo dolor dentro y no lo iba a esconder, lo tenía clarísimo, y menos aún si anteponía su dolor al mío. Tenía que ser egoísta en ese sentido o, de lo contrario, sufriría mucho, y no solo ahora, sino a lo largo de mi vida.

Una hora después, estábamos aparcando en el garaje del ático de Gael. Quedamos en que pediríamos unas pizzas y así evitábamos cocinar.

Cuando entramos me gustó lo que vi, ya que la primera y la última vez que había estado ahí estaba repleto de cajas y había muy pocos muebles

debido a que estaba en plena mudanza. Estaba muy bien decorado, minimalista y con mucho gusto.

—Pasa, con confianza.

Y me adentré en el salón, despacio, para no perderme detalle de la casa.

—Siéntate, por favor.

—Gracias.

—¿Te importa si me doy una ducha rápida mientras esperamos a que llegue la pizza?

—No. Si quieres, yo llamo y tú ve duchándote.

—¿Sí?

—Claro.

—Genial. Pues pide lo que quieras, que estará buenísimo. —Guiñó un ojo mientras cogía su mochila y se adentraba en el pasillo.

Respiré hondo. No pensaba que pudiera volver a su casa, y menos a solas, pero mis amigas tenían razón: esto no podía alargarse más y debíamos tener esta conversación, ya en frío y sin la sangre hirviendo.

—¡El teléfono de la pizzería está en la nevera! —gritó Gael desde el baño—. Y también hay bebida; coge lo que quieras.

Y eso hice, cogí una cerveza y marqué el número de teléfono para hacer el pedido. Vi que me había llegado un whatsapp, pero no le hice caso hasta después de hacer el pedido. Cuando fui a abrirlo, vi que era de audio y que lo enviaba... Mora.

Me dio un vuelco el estómago y empecé a temblar. ¿Qué cojones quería ahora? Me senté en el sillón y, aprovechando que Gael estaba en la ducha, le di al *play* y su (asquerosa) voz comenzó a sonar.

Hola, Naira. ¿Cómo te va todo, nena? Oye, me preguntaba si algún día podríamos vernos, tranquilamente, tú y yo solos, para hablar un rato... El otro día te vi salir del portal y, joder, estás cada día más buena. No tengas en cuenta lo que pasó entre nosotros y empezamos de cero, ¿te parece? Además, me da la sensación de que desde que estás con el estirado ese de tu jefe tienes que haber probado muchas cosas..., ya me entiendes... ¿Qué me dices? ¿Te hace?

El cuerpo se me revolvió del asco que me dio volver a oírle y revivir todo lo que me hizo.

—¿Todo bien, Naira?

Me levanté del sillón con sobresalto; no sabía que él había estado detrás de mí todo el tiempo.

—Eh, sí.

—Pues no lo parece, estás pálida. ¿Quién es ese gilipollas?

—No es nadie.

—Naira.

—¿Qué?

—Que quién es el gilipollas ese que te habla de esa manera. —Su tono era duro.

—¿Cuánto tiempo llevabas ahí?

—Eso no importa.

—Sí importa. ¿Qué has oído?

—Lo suficiente como para saber que algo no va bien. Así que o me dices quién es ese capullo o me das el móvil y lo miro por mí mismo. Tú decides.

Y ahora ¿qué hacía yo? No podía decir nada o Mora tomaría represalias contra mí. Aunque, un momento, mi padre iba a dejar de trabajar ya con el suyo, ¡con lo cual ya no podría chantajearme con eso! Pero ¿y si se enteraba de que Gael había escuchado el mensaje?

—Naira, estoy esperando.

Resoplé y, por una vez, escuché a mi voz interior que decía algo, y le tenía que hacer caso o esto se enquistaría toda la vida. Así que era ahora o nunca. Volví a sentarme en el sillón y tragué saliva; esto no iba a ser nada fácil.

—Siéntate, por favor. Tengo que contarte algo.

Gael me miró extrañado, pero me hizo caso y, tras rodear el sillón, se colocó a mi lado. Una vez junto a mí y dispuesto a escucharme, decidí que era el momento de confesarle mi secreto mejor guardado, con todas las consecuencias: que Mora había intentado abusar de mí.

**FIN**

## Biografía



María Beatobe nació en Madrid un 14 de febrero de 1979. Educadora Infantil de profesión y graduada en Educadora Social, practica la docencia desde hace dieciséis años en un centro educativo.

Su vida diaria se desarrolla entre el cuidado de sus mellizos, el trabajo en una casa de niños y la escritura en los tiempos que consigue sacar.

Escritora de romántica desde los quince años, es amante de caminar descalza, sentarse en el suelo y cantar a voz en grito en el coche.

Esta es su cuarta novela publicada, tras *¿De verdad existes?*, *Cuando es amor*, *las mariposas nunca mienten* y *Déjame cuidarte*.

facebook: maria beatobe escritora

twitter: @mariabeatobe

instagram: @mariabeatobe

pinterest: maria beatobe

*Llovieron estrellas*

*Por amor VII*

María Beatobe

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Shutterstock

© María Beatobe, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2017

ISBN: 978-84-08-17738-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

**Otros títulos de Click Ediciones:**

*Mariposas en tu estómago (primera entrega)*

Natalie Convers

*Mi error fue amar al príncipe. Parte I*

Moruena Estríngana

*Mi error fue amar al príncipe. Parte II*

Moruena Estríngana

*Heaven. El hilo rojo del destino*

Lucía Arca

*La chica de los ojos turquesa*

Jonaira Campagnuolo

*Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón*

Alexandra Roma

*Una canción bajo las estrellas*

Laura Morales

*Viaje hacia tu corazón*

Moruena Estríngana

*Suki Desu. Te quiero*

Kayla Leiz

*La magia de aquel día*

Clara Albori

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

# BIENESTAR

---



¡Síguenos en redes sociales!



## Table of Contents

[Capítulo 113](#)

[Capítulo 114](#)

[Capítulo 115](#)

[Capítulo 116](#)

[Capítulo 117](#)

[Capítulo 118](#)

[Capítulo 119](#)

[Capítulo 120](#)

[Capítulo 121](#)

[Capítulo 122](#)

[Capítulo 123](#)

[Capítulo 124](#)

[Capítulo 125](#)

[Capítulo 126](#)

[Capítulo 127](#)

[Capítulo 128](#)

[Capítulo 129](#)

[Capítulo 130](#)

[Capítulo 131](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)